LA ILUSTRACION
ESPAÑOLA
Y
AMERICANA.
1872.
E. Rosales
SEVERINO

ÍNDICE DE LOS GRABADOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

NÚMERO I.—El árbol de la Virgen, cerca del Cairo.—Versalles: Entrada de los príncipes de Orleans en la Asamblea francesa.—*La Maja del balcon*, cuadro de Puebla.—Madrid: el teatro Nacional de la Opera, dibujo de D. Francisco Hernandez Tomé.—Los nuevos mandaderos públicos.—Inglaterra: Vista exterior de Sandringham-House.—Océano ártico: Destruccion de una escuadra ballenera por los hielos.—Thchong-Staon, embajador extraordinario de China en Europa, y su intérprete Tshing.—Páginas 1 á 16.

NÚMERO II.—Retrato de D. Eduardo Rosales.—Montevideo: Vista general de la ciudad.—Fuente monumental en la plaza de la Constitucion.—Plaza de la Constitucion.—Alegoría de los Santos Reyes.—*La muerte de Lucrecia*, cuadro de D. Eduardo Rosales.—Madrid: Corona de plata dedicada por los voluntarios de la Libertad á la memoria del general Prim.—Salida para Cuba del batallon cazadores de Santander.—Retrato de D. Andrés Aleu y Teixidó.—Inglaterra: Locomotora-ómnibus *(road-steamer)* para caminos ordinarios.—Destiladora de caña de azúcar.—Páginas 17 á 32.

NÚMERO III.—Retrato de D. José da Silva, Mendes Leal, embajador de Portugal en España.—Madrid: Funerales en sufragio del alma del general Prim.—Los viernes en Palacio: La recepcion.—Inglaterra: Escuadra combinada en los mares de Europa.—París: Aspecto del Sena en los últimos dias de Diciembre.—*Un crucifijo de Murillo*, cuadro de la galería de D. Francisco Brabo, de Buenos-Aires.—Tipos portugueses: El vendedor de husos y ruecas.—Páginas 33 á 48.

NÚMERO IV.—Retrato del general Gaminde y Lafont.—Collar de oro de Mellid.—Retrato de monseñor Guibert, arzobispo de París.—Proyecto de monumento en honor del general Prim.—Madrid: Inauguracion de la casa-asilo para los hijos de las lavanderas.—Los viernes en Palacio: El banquete.—Tipos romanos: El bandido Gasparoni y sus compañeros.—Un dia de viento, paisaje del natural.—Lebreles de caza.—Barcelona: Canoa apresada á los insurrectos por voluntarios catalanes.—Inglaterra: El castigo del cepo por embriaguez.—Barcelona: Bandera apresada á los insurrectos por voluntarios catalanes.—Proyecto de monumento en honor del general Prim.—Páginas 49 á 64.

NÚMERO V.—Retrato del doctor Cárlos Marx, miembro del Consejo general de la Internacional.—Argelia francesa: Sumision de las tribus sublevadas.—París: Los bailes de Mabille.—Isla de Cuba: tipo de los voluntarios catalanes.—*El obsequio de amor*, cuadro de M. von Siegert.—Madrid: clase gratuita de dibujo en el «Centro de Instruccion popular» del distrito de la Universidad.—Islas Filipinas: Indio con el gallo, cocinero indio, gobernadorcillo y chino cargador de agua.—Santo Domingo: Preparacion y enseñanza de los gallos de pelea; riña de gallos en presencia de la comision de los Estados Unidos.—Retrato de M. Littré, nuevo académico francés.—Páginas 65 á 80.

NÚMERO VI.—Madrid: Fachada de la iglesia de San Ginés, despues de la reforma.—Exposicion de Bellas Artes: *El ramo ó La madrugada de San Juan en Zaragoza*, cuadro de D. Nicolás Ruiz de Valdivia.—Isla de Cuba: Grupo de insurrectos en la manigua.—*Presentacion de D. Juan de Austria al emperador Cárlos V, en Yuste*, cuadro de D. Eduardo Rosales.—Nueva-York: Baile de máscaras en el club de patinadores.—El Valle de Andorra: Vista de Castell-Ciudad.—República argentina: Vista general de Buenos-Aires.—Islas Filipinas: Mestiza española y mestizo español.—Ajedrez.—Páginas 81 á 96.

NÚMERO VII.—Barcelona: Incendio de un fielato en las afueras del portal de San Cárlos.—*El entierro de la sardina* y *Las majas*, cuadros de D. Francisco Goya.—Alegoría del Carnaval.—El Carnaval en Venecia: Serenata en el Gran Canal.—Madrid: Colocacion de la primera pieza de hierro del viaducto de la calle de Segovia.—Rusia: Accidente ocurrido al emperador, en una cacería de osos.—Retrato del Sr. Marqués de Sardoal.—Ajedrez.—Páginas 97 á 112.

NÚMERO VIII.—Retrato del padre Jacinto.—París: el globo de M. Dupuy de Lome.—Valladolid: Colision en el Campo Grande, entre los estudiantes y los cadetes.—El varadero de Barcelona.—Inglaterra: Los príncipes de Gales y sus hijos.—*San Nicolás de Bari*, cuadro de Jordan, de la galería de D. F. Brabo, de Buenos-Aires.—París: El pueblo leyendo y comentando los edictos sobre los nuevos impuestos.—Cuestacion por los artistas del teatro Francés, para la obra nacional.—Tipos filipinos: Indios elegantes.—Ajedrez.—Páginas 113 á 128.

NÚMERO IX.—Retrato del Sr. Marqués de Miraflores.—Retrato del Sr. D. Antonio de los Rios y Rosas.—Isla de Cuba: Vista de la plaza de Armas de la Habana.—Bellas Artes: *El Vigía de la costa*.—Madrid: Sesion de la Academia Española, con asistencia de S. M. el emperador del Brasil.—Armadura de Felipe II, en la Armería Real.—*Dicksonia antarctica*, helecho arbóreo de la Australia, existente en el Jardin Botánico.—Washington: Cuestion del *Alabama*; una sesion de la Comision anglo-americana.—Incendio del vapor *América* en la travesía de Buenos-Aires á Montevideo.—Madrid: *Fac simile* del autógrafo que los emperadores del Brasil escribieron en el álbum del Colegio de sordo-mudos y ciegos.—Páginas 129 á 144.

NÚMERO X.—Retrato del Sr. D. Eugenio de Ochoa.—Retrato del Sr. Duque de Fernan-Nuñez.—Madrid: Experimento oficial de los nuevos aparatos intertelegráficos.—Bellas artes: *El ensayo del baile*.—Retrato de lord Mayo, virey de la India.—Camino del mercado, composicion de don J. Gil.—Bellas Artes: *El primer abanico*.—Madrid: Establecimiento y talleres de la fábrica y fundicion de metales de D. Leoncio Meneses.—*La ascension del espíritu*, escultura de Flaxman.—Págs. 145 á 160.

NÚMERO XI.—Retrato del Sr. D. José Moreno Nieto, nuevo rector de la Universidad central.—Toledo: Fachada de la iglesia de Santa Cruz, hoy escuela central de tiro.—El dia de San José, alegoría.—Tipos romanos: El maestro de escuela.—Isla de Cuba: Un combate en la manigua.—Tortosa: Corte geológico del barranco del Rastro.—Bellas artes: *La comida del niño*.—Islas Baleares: Payeses mallorquines.—Méjico: El árbol de la noche triste, donde lloró Hernan-Cortés la derrota de su ejército.—Ajedrez.—Bellas artes: *La coronacion de la Vírgen*.—Páginas 161 á 176.

NÚMERO XII.—Retrato del general Blaser y San Martin.—Retrato del general Soria y Vargas.—Madrid: El cabo Eulaldo Valls y Roca, deteniendo los caballos desbocados de un carruaje de Palacio.—Tipos y uniformes de la Milicia Nacional.—La Semana Santa.—Bellas artes: *Mater Dolorosa*.—Lóndres: Interior de San Pablo, durante el servicio religioso por el restablecimiento del príncipe de Gales.—El doctor Livingstone, célebre explorador, extraviado en el África central.—Sevilla: Llave de San Fernando, custodiada en el relicario de la catedral.—Ajedrez.—Páginas 177 á 192.

NÚMERO XIII.—Retrato de Mazzini.—Tarragona: Fachada del palacio romano llamado *Castillo de Pilatos*.—Parte posterior del palacio romano.—Gran cruz de María Victoria y encomienda de la misma Orden (anverso y reverso).—Bellas artes: *Edipo despidiéndose de sus hijas*, boceto de D. Valeriano Bécquer.—Madrid: La casa de la moneda.—Visita exterior de la casa de moneda; entrada de las pastas y salida de las monedas; hornos de fundicion de la plata y del oro; talleres de igualacion, laminacion, corte, repeso y reconocimiento de las barras metálicas; prensas de acuñacion.—Zoología: Mamíferos de varias especies.—Actualidades: Cuestion de peines, caricaturas.—*El saca-muelas*, por Valeriano Bécquer.—Ajedrez.—Páginas 193 á 208.

NÚMERO XIV.—Descarrilamiento y robo del tren de Andalucía, en la noche del 30 de Marzo.—Nueva embajada japonesa en América y Europa.—Versalles: Una escena en la Asamblea francesa.—La primavera de Madrid, dibujo de D. Federico Guisasola.—Madrid: Conciertos en el circo de Rivas por la sociedad de profesores.—La marina del porvenir: Nuevos monitores ingleses.—El monitor *Glatton* saliendo del arsenal.—La cubierta y la torre blindada del *Glatton*.—San Salvador: Vista de la capital, ántes del terremoto de 1854.—Lago y gruta de la *Señora de la Laguna*.—Cordillera de Cojutepeque.—Nicaragua: Volcan de Momotombo.—Ajedrez.—Aparatos químico-industriales de M. Savalle: Destiladora de melazas para la fabricacion de aguardiente y ron.—Págs. 209 á 224.

NÚMERO XV.—Retrato de D. Vicente Palmaroli, nuevo académico de San Fernando.—Campesina napolitana.—Retrato del señor don Manuel de Rivadeneyra.—París: Exposicion para la venta de los cuadros de Mr. Regnault.—Madrid, barrio de Salamanca: Nuevas construcciones en la calle de Claudio Coello.—Madrid: Un vendedor de perros.—Barcelona: Viñeta del siglo XIV conservada en el archivo municipal.—París: Exterior del palacio de Justicia, cuando se pronunció el fallo en el proceso Trochu.—Lóndres: Nuevos muelles-boulevards sobre el Támesis.—Islas Filipinas: Sargento de artillería, indígena, jefe de los sublevados de Cavite.—Ajedrez.—Páginas 225 á 240.

NÚMERO XVI.—Palacio de los duques, en Pedrola, residencia temporal de don Quijote.—Retrato del general don Ramon de Castañeda.—Isla de Cuba: Cuevas de Bellamar en Matanzas: gruta llamada *El Templo Gótico*.—Aragon: Real monasterio de Piedra.—Copia autógrafa de una carta de Miguel de Cervantes Saavedra.—*Las hijas del Cid*, cuadro de Puebla.—Retrato de Miguel de Cervantes Saavedra.—Madrid: Incendio de la iglesia de Santo Tomás: vista tomada desde la plaza de Santa Cruz.—Otra vista del incendio, tomada desde un cuarto tercero de la casa de Fornos.—Salon de conferencias del Congreso de diputados.—Armenia: Vista de la montaña del Grande Ararat, cróquis del general ruso M. de Chod'zko.—Ajedrez.—Págs. 241 á 256.

NÚMERO XVII.—Daoiz y Velarde.—Proyecto de un pedestal para las estátuas de Daoiz y Velarde.—Francia: Inhumacion de los restos de Alejandro Dumas, en el cementerio de Villers-Cotterets.—Sevilla: Vista panorámica del Real, durante la feria de este año.—Retrato de D. Cárlos de Borbon y de Este.—Tipos italianos: Campesina de Albito; dibujo de Palmaroli.—Bellas artes: *El pescador de erpon*.—Las quintas, caricaturas.—Retrato del Sr. D. Manuel de Figuerola, capitan general que fué de Búrgos.—Ajedrez.—Páginas 257 á 272.

NÚMERO XVIII.—Nápoles: Erupcion del Vesubio en la noche del 26 de Abril.—Isla de Cuba: Caida del rio Almendares en el Husillo, cerca de la Habana.—Madrid: Llegada de la junta carlista á las prisiones militares de San Francisco.—Navarra: Un episodio de la accion de Azcona.—Bellas artes: *Desesperados é inesperados*.—Madrid: El encierro de los toros.—Retrato del Sr. D. José Sebastian de Goyeneche, arzobispo de Lima.—Sevilla: Sesion de la Academia de Buenas Letras en loor de Cervantes.—Alemania: Nuevo sistema para trasportar artillería gruesa.—El rey de Siam.—Ajedrez.—Páginas 273 á 288.

NÚMERO XIX.—Retrato de Mr. Moorse, inventor del telégrafo eléctrico.—Retrato del señor D. Leopoldo Augusto de Cueto.—A la feria de Avila, cróquis de Bécquer.—Bellas Artes: *La sinfonía de Beethoven*.—Vista general de la Exposicion universal de Lyon.—Vista panorámica del edificio y local para la Exposicion universal de Viena en 1873.—Cuatro grabados que representan restos romanos descubiertos en Barcelona.—Insurreccion carlista: Accion de Oroquieta.—Retrato del cabecilla carlista D. Eustaquio Diaz de Rada.—Ajedrez.—Págs. 289 á 304.

NÚMERO XX.—Tipo de un carlista de las cercanías de Oñate.—Bellas artes: *Las estátuas de Memnon*.—La loca de las olas.—Retratos de los cinco miembros del tribunal de arbitraje para resolver la cuestion del *Alabama*.—Vista de la pradera de San Isidro, en Madrid, en la tarde del 1 de Mayo.—Aparato para la direccion de los globos (dos figuras).—Ferro-carril del Pacífico: Estacion *dépôt* de Bluffs, sobre el Missouri.—El cementerio de la Habana y el sepulcro de Gonzalo Castañon.—El terremoto del 26 de Marzo en California: dos grabados.—Vista de Gerona.—Ajedrez.—Páginas 305 á 320.

NÚMERO XXI.—Barcelona: Derribo de la colegiata de Santa Ana.—Retrato de D. Federico Soler (*Serafí Pitarra*).—La carrera del pato en Strasburgo.—Conduccion á Pamplona de los heridos de Oroquieta, por la ambulancia del comité de socorros.—*Presentacion de Jimenez de Cisneros á la reina Isabel la Católica*, cuadro del Sr. Jadraque.—Búrgos: Sepulcro y cofre del Cid.—Los jardines de Cremorne en las fiestas del Derby.—Ajedrez.—París: El pasaje Jouffroy al recibirse noticias políticas de España.—Páginas 321 á 336.

NÚMERO XXII.—Accion de Mañaria; cróquis de un testigo presencial.—Barcelona: Fachada de la iglesia de San Miguel.—California: Nueva casa municipal y palacio de Justicia, en San Francisco.—Ginebra: Interior del salon electoral, durante el último plebiscito.—Retirada heróica del batallon de Mendigorria.—Galicia: *Tragapeces*, tipo popular.—Inglaterra: El puerto de Dover, á vista de pájaro.—Cataluña: Salinas de Cardona.—Inglaterra: Ponton de vapor de Mr. Fowler.—Seccion longitudinal del ponton de vapor de monsieur Fowler.—Cádiz: Asilo María Victoria.—Ajedrez.—Páginas 337 á 352.

NÚMERO XXIII.—Retrato del poeta D. Manuel José Quintana.—Isla de Cuba: El monte Turquino y el rio Canimar.—Bellas artes: *Hija mia, yo viro por ti*.—Madrid: En la fuente de Lavapiés.—Alcalá de Henares: Estátua yacente de D. Alonso de Carrillo, arzobispo de Toledo.—Esquiladores gitanos en Andalucía.—Casa-prision del mariscal Bazaine.—Cuatro grabados relativos al nuevo sistema de coches-galerías.—La partida de Castells en un pueblo de Cataluña.—Páginas 353 á 368.

NUMERO XXIV.—Retrato de D. Juan Alis y D. Ambrosio C. Sauto, de Matanzas.—Bellas artes: *¿Volverá?—El aficionado á pequeñeces*, cuadro del Sr. Sala.—Manifestacion pública en Madrid, por el nombramiento del ministerio radical.—El ministerio de la Guerra: Vista panorámica de las nuevas obras.—Retrato de D. Manuel Ruiz Zorrilla.—Tipos de monos para comprobar la teoría de Darwin.—Roma: Una administracion de loterías el dia del sorteo.—Ajedrez.—Págs. 369 á 384.

NÚMERO XXV.—Los cazadores de Alba de Tormes, bajando por las peñas de Santa Lucía.—Caserío Cacotegui-Gañecoa, donde murió el jefe carlista D. Francisco Ulibarri.—Quinta de Tabiada.—Retrato de la condesa de Espoz y Mina.—Fachada del «Teatro de Moratin,» en construccion.—Retrato de D. Leandro Fernandez de Moratin, copia del que pintó Goya.—Costumbres escocesas: *La vuelta del trabajo*.—Isla de Cuba: Nuevo cuartel de la Guardia civil, en San Antonio de la Anegada.—Explosion y naufragio del vapor español *Guadaira*.—Páginas 385 á 400.

NÚMERO XXVI.—Retrato de D. Eduardo Fernandez Pescador, grabador en hueco.—Madrid: salida de un tren de recreo para Lisboa.—Retrato del Excmo. Sr. D. fray Cirilo de Alameda y Brea, cardenal arzobispo de Toledo.—Orillas del Tajo.—Segovia: Ermita de la Vírgen de la Sierra.—Bellas artes: *El Ciego*.—Valencia: Exterior de la plaza de toros.—Isla de Cuba: Vista general de Sagua la Grande.—Retrato de don Francisco Aballí, presidente del comité nacional de Matanzas.—Páginas 401 á 416.

NÚMERO XXVII.—Soldados de Luchana custodiando el puente de Vera.—Barcelona: Torre de la iglesia de San Miguel.—Sorpresa de Reus por la partida del Sr. Francesch.—Puente de Luchana.—Alegoría del Estío.—Retratos de los Excmos. Sres. Ministros de la Guerra, de Hacienda y de Ultramar.—Madrid: Mercado de ganado, en las afueras de la puerta de Toledo.—Barcelona: Iglesia de Junqueras.—Aparatos químico-industriales de M. Savalle.—Destiladora perfeccionada para la rectificacion de alcoholes.—Ajedrez.—Páginas 417 á 432.

NÚMERO XXVIII.—Retrato del doctor Döllinger, jefe de los anti-infalibilistas de Munich.—Concierto mónstruo celebrado en Boston.—Retrato del jefe carlista D. Juan Francesch y Serret.—Incendio del palacio de la señora marquesa viuda de Villaseca.—Atentado contra los reyes de España en la noche del 18: los foragidos hacen fuego contra los Reyes.—Demostraciones afectuosas del pueblo.—Demostracion hostil contra la taberna donde se concertó el complot.—El coche que conducia á SS. MM. en la noche del atentado.—S. M. el rey en la mañana del 19, recibe una de las balas que le entrega la hija del vidriero de la calle del Arenal.—Salida de las comisiones y particulares que acudieron á felicitar á los reyes.—El soldado español.—Establecimiento balneario de Santa Agueda.—Págs. 433 á 448.

NÚMERO XXIX.—Entrada del rey en Santander.—Entrada del rey en Búrgos.—Colocacion de la primera piedra del palacio de Justicia, en Búrgos.—Retrato de Mr. Horace Greeley.—Alemania: *El Kursaal*, salon de la ruleta en Baden-Baden.—*«Don Pedro el Cruel acomete al legado del Papa que le notifica la excomunion*, cuadro de D. R. Balaca.—París: Palacio de Justicia y plaza de la Concordia ántes del incendio.—Santander: S. M. el rey visitando la poblacion.—Páginas 449 á 464.

NÚMERO XXX.—Retrato de D. Luis Rivera.—Santander: Residencia Real en el Sardinero, y Campamento en las cercanías.—Madrid: Prision del cura de Alcabon.—Valencia: Tipos populares de la Huerta.—Guadalajara: Galería segunda del palacio del Infantado.—Viena: Pabellon central y rotonda del palacio para la próxima exposicion.—Medalla de honor para los voluntarios de Cuba: anverso y reverso.—Isla de Cuba: Exterior de la catedral de Santiago.—Retrato de Ali-Pachá, virey de Egipto.—Páginas 465 á 480.

NÚMERO XXXI.—Castillo de la Mota, donde hizo testamento y murió doña Isabel la Católica.—La trilla.—Valencia: La cabalgata de inauguracion de la feria.—Santander: Exposicion provincial agrícola.—Ejemplares premiados en la misma.—Toledo: El buhonero, tipo popular.—Vacunacion animal directa, por la sociedad Barcelonesa.—Matanzas: Retrato de D. José Serrate.—Ajedrez.—Páginas 481 á 496.

NÚMERO XXXII.—El general Mitre.—Trouville: El *chalet* Cordier, residencia de M. Thiers.—Valencia: Pabellon del Círculo del Comercio.—Modelo de una cornucopia, ejecutado en cera por el Sr. Zuloaga, hijo.—*Fac simile* de un autógrafo del doctor Livingstone.—Cabaña del doctor Livingstone en Ujiji.—Retratos de Mr. Stanley, MM. Shaw y Farquhar, compañeros de Livingstone y del negro Kululu.—Matanzas: Inauguracion del acueducto Burriel.—Buenos-Aires: Inauguracion de las obras para un hospital español.—Filipinas: Aspecto del pueblo de Catarman despues de la última erupcion del volcan de Camiguin.—Retrato del conde de Beust.—Atenas: Ruinas del Parthenon.—Aparatos químico-industriales: Nueva destiladora de orujo.—Páginas 497 á 512.

NÚMERO XXXIII.—Retrato de D. Antonio Ferrer del Rio.—Madrid: El mercado de la plaza de la Paja.—Barcelona: Una silla del coro de la catedral.—Madrid: Dos láminas que representan las seis salas del Museo Arqueológico Nacional.—Yeddo: El gran Mikado del Japon.—Dos cróquis inéditos de D. V. Bécquer: La novicia y El locutorio.—Perú: Retrato de D. José Balta.—Páginas 513 á 528.

NÚMERO XXXIV.—Madrid: Casco turco tomado en la batalla de Lepanto.—Madrid: ¡A los toros!—En los toros: Saludo de la cuadrilla.—Barcelona: Monasterio de Santa Creux.—*Galantería andaluza*, cuadro de D. Luis Jimenez.—Santander: El vapor *Chimborazo*, de la compañía del Pacífico.—Cuatro grabados representando botes salva-vidas.—Retrato de D. Emilio Mário, actor dramático.—Gerona: Paso por el Ter del batallon cazadores de Manila.—Fantasmas.—Páginas 529 á 544.

NÚMERO XXXV.—Irlanda: Tumultos de Belfast.—Tipos de Servia.—Alcoy: Nuevo hospital en construccion.—Tarragona: Catástrofe ocurrida en el puente de San Jorge.—Búrgos: Ataque é incendio del cuartel de la Guardia civil, en Salas de los Infantes, por una partida carlista.—Huesca: Naufragio de una barca de pasajeros en el rio Cinca.—La Marina de guerra española.—Bellas artes: *Amor y gloria*.—Madrid: Orillas del Manzanares.—Nueva bomba de regulador del Sr. Montenegro.—Ajedrez.—Páginas 545 á 560.

NÚMERO XXXVI.—Lima: Retratos de cinco personajes de la revolucion de Julio.—*Viriato*, estátua de D. José Bellver.—*La Vírgen de la Rosa*, cuadro de Rafael.—D. Anselmo Clavé y su música popular.—Berlin: Los emperadores y sus ministros.—Teatro de Jovellanos: El Prado de San Jerónimo, decoracion en el acto segundo de la zarzuela *El motin contra Esquilache*.—Astronomía: Las manchas del sol, segun observaciones del padre Secchi (seis grabados.—Dover: Mr. Johnson en el momento de arrojarse al mar para atravesar á nado el canal de la Mancha.—Ajedrez.—Páginas 561 á 576.

NÚMERO XXXVII.—Retrato de Cárlos XV, rey de Suecia y Noruega.—Berlin: Banquete de los emperadores.—Madrid: Sesion de apertura de los tribunales del reino.—Segovia: Exterior de la catedral.—Bellas artes: *La muerte de Cleopatra*.—Madrid: Mercado de las Américas.—Islas Filipinas: Una casa de nipa en el barrio de Sampalos; Orillas del Pasig; Pesca con *sarempao* en el rio Pasig; Puente del Capricho en Majayjay (La Laguna); Calle de la Escolta.—Ajedrez.—Valencia: Los vendedores de escobas.—Páginas 577 á 592.

NÚMERO XXXVIII.—Retrato del general Pierrard.—Barcelona: Inauguracion de las fiestas: desfile de la comitiva por la plaza de Cataluña.—Retrato del general Messina.—Isla de Cuba: El monte Tarquino.—Momia del emperador Cárlos V.—El monasterio del Escorial incendiado en la noche del 1.° del actual.—La Biblioteca ántes del incendio.—Ruinas de la torre del Seminario.—Clamor del pueblo: ¡A salvar la Biblioteca!—Biblioteca vieja donde han sido depositados los libros y manuscritos.—Valladolid: Corrida (?) de toros en el Pisuerga.—Ajedrez.—Págs. 593 á 608.

NÚMERO XXXIX.—Retrato de Oscar II: nuevo rey de Suecia y Noruega.—El Escorial, Cláustro principal del Seminario.—Patio de la cocina.—Salon de estudio de los colegiales, donde penetró el rayo.—Galería baja del colegio.—Inglaterra: Catedral de Cantorbery.—Zaragoza: Fiestas del Pilar: Los cabezudos y gigantones.—La calle de Seguleno.—Riberas del Ebro.—Retrato de D. Luis María Pastor.—Zamora: Ruinas del castillo de Castro-torafe.—El Escorial: Dormitorio de los niños menores.—Páginas 609 á 624.

NÚMERO XL.—Madrid: Hundimiento del departamento de máquinas de la imprenta de don Tomás Fortanet: Aspecto de las ruinas.—Retrato de D. Roman Goicoerrotea, director literario de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.—El Escorial despues del incendio: Torre de la Lucerna.—Vista general del Ferrol.—Francia: Emigracion de alsacianos-lorenesos.—*Barcas de pescadores en el Puerto de Santa María*, cuadro del señor Ocon.—París: Hundimiento del puente de Constantina.—Peregrinaciones á Nuestra Señora de Lourdes.—Méjico: Retrato de D. Sebastian Lerdo de Tejada, jefe del poder ejecutivo.—El cadáver del presidente Juarez expuesto al público en el salon principal del palacio.—Perú: Palacio de la Exposicion artística é industrial de Lima.—Ajedrez.—Páginas 625 á 640.

NÚMERO XLI.—Retratos de D. Antonio García Gutierrez y del marqués D'Avila, presidente de la Cámara de los Pares de Portugal.—El Peñon de Velez de la Gomera.—Matanzas: Nuevo cementerio bendecido el 1.° de Setiembre.—Venezuela: El pico de Naiguatá y la *Silla de Caracas*.—*El sacamuelas romano*, cuadro del señor Pellicer.—La Político-manía.—Vigo: La escuadra inglesa

del Canal de la Mancha.—Tarragona: Nacimiento del rio Francoli: molino harinero y casa-molino en las orillas del mismo rio.—Tipos madrileños: La oficiala de modista.—Páginas 641 á 656.

NÚMERO XLII.—Retratos de D. Cirilo Alvarez, presidente del Tribunal Supremo de Justicia, y D. fray Francisco Gainza, obispo de Nueva-Cáceres.—Nueva-Cáceres: Exterior de la catedral, y colegio de niñas y escuela normal de maestras.—Manila: Honras fúnebres por los españoles que murieron en el combate de Cavite.—Sevilla: Reja de hierro en el edificio llamado *Casa de Pilatos*.—Fiestas del Pilar en Zaragoza: Cabalgata histórica de D. Jaime *el Conquistador*.—Consagracion del templo.—Manicomio de Santa Isabel de Leganés: ocho grabados que representan vistas y detalles del mismo.—Retrato de don José María de Miranda, médico especial del manicomio.—Ajedrez.—Páginas 657 á 672.

NÚMERO XLIII.—Retrato de D. Antonio Aparisi y Guijarro.—Retrato de doña Patrocinio de Biedma.—Argel: Incendio en el *bénleraed* de la República.—Barcelona: Arco de entrada á la Exposicion artística.—Un arrabal de Marruecos.—El sacrificio de Nydia: escena del drama *El último dia de Pompeya*.—Iglesia de San Juan de Amandi.—Retrato de Mr. William H. Seward.—El general O'Donnell.—*Finis coronat opus*.—Ajedrez.—Páginas 673 á 688.

NÚMERO XLIV.—Retrato de D. Manuel Silvela.—Retratos de MM. Babinet y Gautier.—Barcelona: Torres de la Plaza Nueva.—Bellas Artes: *La feria de Verdú*, cuadro del Sr. Ferrant.—Un coro de frailes Capuchinos.—Segovia: Torre de la iglesia de San Estéban.—El *gaucho* argentino.—*Gauchos* conduciendo ganado.—Tipos de Madrid: El aguador.—Ajedrez.—Páginas 689 á 704.

NÚMERO XLV.—Retrato de D. Ignacio José Escobar.—Siete grabados representando edificios de Boston, ántes del incendio de dicha ciudad.—Valencia: Ruinas del teatro romano de Sagunto.—Bellas Artes: *El miedo en el bosque*.—Plano del límite oriental de la Bética.—Bolivia: Plaza y catedral de Sucre.—Procesion religiosa en Sucre.—Dos croquis inéditos de V. Bécquer.—Lámina y viñeta de la *Historia de España*.—Págs. 705 á 720.

NUMERO XLVI.—Retrato de D. Antonio Cánovas del Castillo.—Tres grabados relativos á los sangrientos sucesos de Múrcia.—Mondragon: Casa nativa del historiador Garibay.—Paris: Inundacion en Bercy.—Gran incendio de Boston: Vista de la calle de Devonshire.—Viena: Rotonda del palacio para la Exposicion universal.—Salida para la pesca del *Boe*, en Cataluña.—Retrato de D. Domingo Valdivieso.—Bellas Artes: *Una Bacante*, grupo en mármol.—Páginas 721 á 736.

NÚMERO XLVII.—Madrid: Banquete dado y servido por oficiales de Artillería, en la fiesta de Santa Bárbara, á la clase de tropa.—Retrato de D. Jesús de Monasterio.—Paris: Aspecto de la estacion del Oeste, á la llegada de los diputados.—Astorga: Restos del castillo feudal, demolidos en Agosto de 1872.—El vapor *Nejada*.—Bellas Artes: *Traslacion de las reliquias de San Cecilio á la capilla de los Reyes Católicos*, en la catedral de Granada: cuadro del Sr. Tapiro.—Vendedores de rutos en Jerusalem.—Zaragoza: Heróica de Santa Engracia por el brigadier Quá Retrato del brigadier Quadros.—Isla de Portales de San Diego de los Baños.—L *Klux* del Mississipi.—Ajedrez.—Págs. 737

NÚMERO XLVIII.—*Safo*, estátua de D Martin.—Retratos de los jefes carlistas Sre tells y Savalls.—Alcoy: Hundimiento en de San Roque.—Madrid: Reunion en el Hispano-ultramarino.—Motin en la noche los sublevados invaden el Museo arqueoló La Plaza Mayor en Navidad.—Alegoría viérno.—Japon: Llegada del primer tren de carril á Yocohama.—Buenos-Aires: Colonia sa en Bahia-Blanca.—Serpiente de mar vista de Galveston.—Páginas 753 á 768.

NOTA IMPORTANTE. A cada uno de los dos acompaña en el texto un artículo descr

ÍNDICE DE LOS PRINCIPALES ARTÍCULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

Al-Magheritiy (Pseudónimo).—Un juego de ajedrez, tradicion granadina, páginas 318, 331, 347, 527, 539 y 558.
Alonso de Beraza (D. J. M.). Exposicion provincial de ganados en Santander, pág. 187.
Alvarez de la Braña (D. Ramon). Restos del castillo de Astorga, pág. 707.
Amador de los Rios (D. José). Ecos de los Andes, páginas 83 y 99.
Arjona y Lainez (D. Emilio). Certámenes propuestos por la Academia española, pág. 151.
Arnao (D. Antonio). El genio de la guerra, oda, pág. 315; D. Domingo Valdivieso (recuerdos), pág. 731.
Arreitio y Larrinaga (D. Alfonso). Helechos, pág. 139.
Arriaza (D. E. de). Tradiciones antiguas de los indios, páginas 221, 239 y 269.
Barrantes (D. Vicente). La imprenta en Extremadura, páginas 295, 310, 342, 359, 378, 439, 451 y 471.
Becerro (D. Ricardo). Tablada, pág. 339.
Blasco (D. Eusebio). La serie, cuento, pág. 7; Revista cómica, páginas 200, 216, 234 y 267; William Shakspeare, pág. 422.
Bustillo (D. Eduardo). En el mar, poesía, página 47; En el aniversario de tus bodas, dolora, pág. 317; La casa del renegado, leyenda, página 510; A Dios, pág. 696.
Caballero (D. Fermin). Agricultura moderna, pág. 107; Desamortizacion, pág. 307.
Cabiedes (D. J.). Apuntes sobre el arte, pág. 129; Los grandes nombres, pág. 670.
Calcaño (D. José Antonio). La barca del pescador, alegoría, pág. 207; Rafael y la Fornarina, pág. 574.
Calvo Asensio (D. Gonzalo). Un poeta mártir, pág. 143; Autos de Gil Vicente, pág. 543.
Calle (D. Pascual de la). ¡Pobre España!, poesía, pág. 379.
Campoamor (D. Ramon de). La calumnia, poema en dos cantos, páginas 394 y 410; Los dos miedos, pág. 655; Las dos esposas, pág. 702.
Cañete (D. Manuel). La Exposicion de Bellas Artes de 1871, páginas 22 y 70; Dictámen del crítico Villemain sobre la literatura española, página 323; A la señora marquesa de Casa-Torres, poesía, pág. 394; Teatro español del siglo XVI, páginas 483, 534 y 582; Las doncellas cantaderas de Leon, pág. 646.
Carbonero y Sol (D. Leon). Traduccion de las inscripciones de las llaves llamadas de San Fernando, pág. 191.
Casenave (D. José María). Miguel de Cervantes Saavedra; sociedad cervantista, pág. 291.
Castelar (D. Emilio). Mi primer semana en Paris, pág. 35; Los primeros dias de 1867 en Paris, pág. 115; La capital de Francia y la política francesa, pág. 275; Don Antonio Aparisi y Guijarro, pág. 675.
Castro (D. Adolfo de). El nuevo libro acerca de «Don Juan Ruiz de Alarcon», pág. 122; Fray Juan Infante, pág. 615.
Castro y Serrano (D. José de). Juan de Sidonia, historia vulgar, páginas 166, 182, 198, 211 y 230; Antonio Sanchez, historia vulgar, páginas 398, 414, 426, 442 y 458.
Caula (D. Remigio). Epigramas, pág. 447.
Coello (D. Cárlos). El padre Daniel, cuento inverosimil, páginas 366, 379, 446 y 478.
Cos-Gayon (D. Fernando). El Ilmo. Sr. D. Roman Goicoerrotea, pág. 635.
Cortazar (D. Eduardo de). Plagios y coincidencias, pág. 374.
Costa (D. Fernando). Cartas parisienses, página 175; Un horrible asesinato, aventura cómica, pág. 343.
Espejo y Becerra (D. Ramon de). Erupcion del Vesubio de Nápoles, pág. 255; Sericultura, páginas 327 y 362.
Esperanza y Solá (D. J. M.). Jesús de Monasterio, páginas 743 y 758.
Fernandez (D. Cesáreo). Asalto á las cuevas de Bellamar, pág. 246.
Fernandez Grilo (D. Antonio). La flor, la aurora y la fuente, pág. 231; La erupcion del Vesubio, pág. 335; La rosa y la niña, pág. 513; El incendio del Escorial, pág. 622; Mi siglo, página 658; España, pág. 702.
Fernandez-Guerra y Orbe (D. Aureliano). El collar de oro de Melilá, pág. 51; Cervantes esclavo del Santísimo Sacramento, pág. 251.
Fernandez-Martin (D. Manuel). Excmo. señor D. Eduardo Gasset y Artime, ministro de Ultramar, pág. 49.
Fernandez y Gonzalez (D. Modesto). Recuerdos de Portugal, pág. 371; El monasterio de Osera, pág. 471.
Ferrer del Rio (D. Antonio). Al Excmo. señor D. Servando Ruiz Gomez (memorial), pág. 435.
Fita (D. Fidel). Inscripcion romana de Cádiz de Malavella, pág. 26.
Flores Arenas (D. Francisco). La edad de oro, pág. 686.
Frigola (D. Cárlos). La reaccion en el teatro, página 171.
Frontaura (D. Cárlos). San Isbiro, pág. 392.
Fuenmayor (D. Vicente). Estado moral de Roma, pág. 490.
García Cadena (D. Peregrin). El planeta Céres: carta de otro mundo, pág. 405; Revista general, páginas 546, 562, 593, 625, 657, 689, 721 y 753; El teatro romano de Sagunto, pág. 719; Glorias de España: El brigadier Quadros, pág. 731.
García de la Riga (D. Celso). A Dulcinea del Toboso, pág. 255; La loca de las olas, pág. 399; Tragaperces, pág. 317.
García Ladevese (D. Ernesto). Los sueños, balada, pág. 111; Al ponerse el sol, pág. 151; Ayer por la noche, pág. 271; Inmensidades, pág. 417; Brindis (de lord Byron), pág. 750.
Garnacho (D. Tomás M.). Villa y fortaleza de Castro-Torafe, pág. 621.
Goicoerrotea (D. Roman). *Sponte res elharia*, pág. 387; Cuatro palabras sobre el vestido de los romanos, páginas 419 y 435.
Gonzalez del Valle (D. E. M.). A una niña dormida, soneto, pág. 315.
Gutierrez de Alba (D. José María). Ante la tumba de D. José Vergara, pág. 363.
Gutierrez de la Plaza (D. José M.). A los necios, semi-oda, pág. 718.
Hartzenbusch (D. Juan E. de). Notas á la edicion fotográfica del *Quijote*, páginas 213 y 250.
Huelin (D. Emilio). Revista científica, páginas 74, 285, 298, 590 y 696; Libros nuevos, páginas 190, 319, 635, 654, 671 y 714.
Hurtado (D. Antonio). Serenata á una muerta, poesía, pág. 462; Una broma del diablo, novela, páginas 495, 507 y 523.
Jorreto Paniagua (D. Manuel). Dolora, pág. 543.
Juan García (Pseudónimo). El torreon de San Francisco, pág. 102; Un libro de Adolfo de Aguirre, páginas 179 y 195; Episodios y paisajes, pág. 167.
Justiniano (D. Juan). Ante la estátua de Cervantes, poesía, pág. 255.
Labaila (D. Jacinto). La guerra, fragmento, página 127; Diálogo alegórico-fantástico, pág. 339; Hasta á ti, poesía, pág. 379.
Landerer (D. José). El para-rayos, pág. 55; Estudio de los terrenos de Tortosa, pág. 167; Aurora boreal del 7 de Febrero de 1872, pág. 219.
Larmig (Pseudónimo). Magdalena, canto, página 142; María, canto, pág. 186; La mujer adúltera, canto, pág. 607.
Laverde (D. Gumersindo). Excmo. Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto, pág. 291.
Lista (D. Alberto). Un escrito inédito, páginas 39, 54, 86 y 106.
Lobo (D. Miguel). Reseña histórica de Montevideo, páginas 27, 45, 62 y 66.
Lopez de la Torre (D. Luis). *Eclipse despidiéndose de sus hijas*, cuadro de D. Valeriano Becquer, pág. 242.
Lucrecio (Pseudónimo). Indecision, poesía, página 366.
Madrazo (D. Pedro de). Los retratos de Moratin, pág. 301.
Manjarrés (D. Ramon). Cataluña en la Exposicion de Córdoba, pág. 218.
Martinez (D. Leopoldo). El candidato, soneto, pág. 247.
Martinez de Velasco (D. Eusebio). Revista general, páginas 49, 82, 115, 145, 177, 209, 241, 271, 305, 338, 369, 401, 438, 466, 499, 535, 582, 598, 583, 529, 578, 609, 641 y 673; Nuestros grabados en todos los números del año.
Mentaberry (D. Adolfo). Los maronitas, pág. 518.
Miguel y Badia (D. F. D. Federico Soler *Serafí Pitarch*), pág. 331.
Molins (Marqués de). La palmera de mi jardin, pág. 91; A S. M. el emperador del Brasil: discurso pronunciado en la Academia española, pág. 163; A Matilde, argentina, soneto, pág. 207; Amor misterioso, pág. 283; Sócrates, soneto, pág. 379; La belleza inmaterial, pág. 622.
Monreal (D. Julio). Una comedia en el Buen-Retiro, páginas 571 y 585.
Moreno Castelló (D. José). Glorias del arte, poesía, pág. 587; Melancolía, pág. 653.
Moreno Gebada (D. Emilio). El árbol de la Virgen, pág. 3; La iglesia de Junqueras en Cataluña, pág. 422.
Muñoz de Luna (D. R. T.). Agricultura y vinificacion, pág. 88; Causas fundamentales del progreso humano, páginas 683 y 699.
Navarrete (D. Ramon de). El espíritu del siglo, novela: números I á X: El lujo, poesía, pág. 311; Lo positivo y lo ideal, (Diario de un artista), páginas 639, 659, 683, 687, 699, 713, 731, 717 y 762.
Navarro (D. Luis). Crónica musical, páginas 59 y 158; Roberto Schumann, pág. 78; *Dinorah*, pág. 178.
Obeso y Quevedo (D. J. de). Relaciones del trabajo y del capital, pág. 134; El cristianismo y la república, pág. 249; La democracia, pág. 692.
Ochoa (D. Eugenio de). La estera celeste, fragmento inédito, pág. 709.
Palacio (D. Manuel del). Fecheria area, poesía, pág. 59; Colmar el harato, pág. 358; Trovas, página 527; La vision de Zacarías, pág. 766.
Pascual (D. Agustin). Excmo. Sr. D. Manuel de Rivadeneyra, pág. 235; Exposicion de Paris, página 567; De Berlin á San Petersburgo, pág. 613; San Petersburgo, páginas 727 y 741.
Peña y Goñi (D. Antonio). Crónica musical, páginas 559, 623, 657 y 731.
Pisa (D. Ramon de la). A mis hijos, poesía, página 171.
Piscueta (D. Félix). ¿Quien es Cervantes?, poesía, pág. 555.
Pí y Margall (D. Francisco). Ojeada sobre la historia del arte monumental, pág. 563.
Puga (D. Ricardo). El adelantado Manuel Lopez de Legaspi, pág. 522; Limaon, pág. 619; El rey de Camboja en Filipinas, pág. 639.
Puiggari (D. José). Cuadros fotográficos, *Goya*, *El carnaval*, *Las majas*, pág. 101; Armadura ecuestre de Felipe II, pág. 139; *Libellus de Bataille faicuda*, pág. 231; Restos romanos descubiertos en Barcelona, pág. 363; Un derribo más, pág. 327; Antigua iglesia de San Miguel, pág. 310; Orillas del Tajo, pág. 419.
Puig Perez (D. José). Recuerdos, pág. 60
Quintana (D. Manuel José). La fuente de encantada, romance inédito, pág. 358.
Revilla y Oyuela (D. Juan de la). Excmo. D. Ramon de Castañeda, pág. 255.
Riesgo (D. Pascual de). La plaza de armas Habana, pág. 135; Las mulatas de la H pág. 284.
Rivadeneyra (D. Manuel de). La montañ Grande Ararat, pág. 256.
Robert (D. Roberto). Luis Rivera, pág. 4 modista, pág. 655.
Rodriguez (D. Gabriel). D. Luis María R páginas 626, 710 y 727.
Rossel (D. Cayetano). El palacio de Pedr gina 254.
Ruiz Aguilera (D. Ventura). La leyen Noche-Buena, pág. 766.
Ruiz Gomez (D. Servando). Al Excmo. S Antonio Ferrer del Rio (resolucion), pág.
Saavedra (D. Eduardo). La antigua Murc límite oriental de la Bética, pág. 711.
San Javier (El vizconde de). El incend Escorial, pág. 693; El Peñon de Velez de la mera, pág. 651.
San Miguel de la Vega (El marqués de Excmo. e Ilmo. Sr. D. Antonio José D pág. 617.
Santiago y Hoppe (D. Javier). La mar guerra española, pág. 555.
Savalle (M. Desiré). Nuevo desenbriament la destilacion de orujo, pág. 511.
Sbarbi (D. José María). El *Quijote* es intr lje, pág. 262; La perla de nuestros sonet céticos, pág. 451.
Segovia (D. Antonio María). Ochoa, pá Pensamientos de un extravagante: La r la fuerza, pág. 551.
Selgas (D. José de). Diálogos: VI. *El poeta*, pág. 3; La Nada, poesía, pág. 27; Ha zas y recuerdos, 171; Los pedantes, pá Apuntes para un libro, pág. 694; A la m de Aparisi y Guijarro, pág. 731.
Simonet (D. Francisco J. de). El Santo Cr la Vega, pág. 227.
Sipos (D. Luis). El pomo de esencias, poes gina 509.
Trueba (D. Antonio de). Los minúmanos que no lo es, págs. 131 y 149; El valle de M pág. 403; La eleccion de rey, poesía, pág
Tubino (D. Francisco M. de). Cervantes r cionario, pág. 163; Miguel de Cervantes gina 250; El aniversario de Cervantes, pá Certámen artístico en Sevilla, pág. 459.
Valle-Alegre (Marqués de). Revista gener ginas, 2, 17, 33, 65, 98, 120, 161, 191, 228, 2 322, 351, 385, 705 y 738.
Vargas (D. Segundo). Revista de Paris, p 19 y 87.
Villanueva (D. Ricardo). La Virgen de la pág. 411; La catedral de Segovia, pág. 5 torre de San Estéban, pág. 763.
Villaralbo (D. A.). Recuerdos de Filipin ginas 79, 95, 111 y 128.
Vitoria y Cayuela (D. Isidro y D. Natali visita á la fábrica de papel de Villava, pá
Illescas (Baron de). Conjugacion del verb *cascelo*, pág. 11; Los hombres listos, pá La Igualdad, soneto, pág. 366.
Varios autores.—L. de V. José da Silva Leal, pág. 39; J. M. y L. El doctor Cárlos pág. 71; M. del V. Situacion de la Argel casa, pág. 74; Una excursion á las Pir pág. 222; A. F. Sociedad barcelonesa pro cunacion animal, pág. 491; D. F. C. La del *Quijote*, páginas 535, 551 y 566; S. N. libato eclesiástico, páginas 622 y 634; J. Velazquez y Murillo, pág. 652.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRICION.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid.....	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias.....	40 id.	21 id.	11 id.
Portugal.....	8.000 reis.	4.500 reis.	2.300 reis.

AÑO XVI.—NÚM. I.

DIRECTOR-PROPIETARIO, D. ABELARDO DE CÁRLOS.

ADMINISTRACION, CARRETAS, 12, PRINCIPAL.

Madrid 1.º de Enero de 1872.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba y Puerto-Rico.....	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Filipinas.....	15 id.	8 id.
En las demás Américas...	L. E.—3	L. E.—1-12/4

EGIPTO.—Persecucion de Herodes.—Arbol de la Virgen, cerca del Cairo (pág. 3)

SUMARIO.

TEXTO.—Revista general, por el marqués de Valle-Alegre.—El árbol de la Vírgen, por don Emilio Moreno Celada.—Diálogos: VI. El pacto secreto, por don José Selgas.—Entrada de los príncipes de Orleans en la Asamblea francesa.—La serie: cuento curioso, por don Eusebio Blasco.—La Maja del balcon: cuadro de don Dióscoro Puebla.—Conjugacion del verbo «Buscársela,» por el baron de Bécscas.—El palacio de Sandringham.—Pérdida de una escuadra ballenera en el Océano ártico.—El espíritu del siglo, novela, por don Ramon de Navarrete.—Madrid: el teatro Nacional de la Opera.—El túnel de los Alpes, por X.—Los nuevos mandaderos públicos.—El embajador chino en París.—Advertencias.—Anuncios.

GRABADOS.—El árbol de la Vírgen, cerca del Cairo.—Versalles: entrada de los príncipes de Orleans en la Asamblea francesa.—«La Maja del balcon,» cuadro de don Dióscoro Teofilo Puebla.—Madrid: el teatro Nacional de la Opera, dibujo de don Francisco Hernandez Tomo.—Los nuevos mandaderos públicos.—Inglaterra: vista exterior de Sandringham-House, residencia del príncipe de Gales.—Océano ártico: destruccion de una escuadra ballenera por los hielos.—Tschang-Sinon, embajador extraordinario de China, en Europa, y su interprete Tshing.

REVISTA GENERAL.

SUMARIO.

I. EXTERIOR.—Los apuros del cronista.—INGLATERRA.—Mejoría del príncipe de Gales.—Las fiestas de Mister Layard.—FRANCIA.—Los príncipes de Orleans.—El ciudadano Ranc.—Reforma del sufragio universal.
II. INTERIOR.—El nuevo ministerio.—La próxima reunion de las Córtes.—¿Cuándo?
III. TEATROS.—Funciones de Noche-buena.—En el ESPAÑOL, *Lo Trágico y mono*, arreglo de D. Antonio Hurtado.—En el CIRCO, *La caja de Pandora*, comedia de D. Fernando M. Pedrosa.
IV. SALONES.—Cenas y bailes.—De la condesa del Montijo, de los duques de Fernan-Nuñez.

I.

En esta época de fiestas, la política, como todas las cosas, está de vacaciones.

Los parlamentos suspenden sus tareas; los diputados van á pasar las Pascuas en el seno de sus familias; los ministros se aprovechan de semejante tregua para descansar de sus fatigas; y todo el mundo se entrega sosegado y tranquilo á las delicias del *for niente*.

Los periodistas somos los únicos que nos vemos obligados á trabajar lo mismo el 25 de Diciembre que el 1.º de Enero; en Noche-buena como en Carnaval.

Si los asuntos escasean, si no ocurren acontecimientos de bulto, no importa: es menester seguir adelante, y decir algo parecido á aquello de Voltaire: «*Si Dieu n'existait pas, il faudrait l'inventer.*»

Si no sucede nada, inventémoslo; imaginemos lo que pueda distraer y entretener á los lectores.

¿De qué les hablaremos hoy, uno de los dias de la Páscua? ¿Del modo como ésta se celebraba en la antigüedad?—Pero las personas ilustradas, de puro sabido lo tienen olvidado, y á las que no lo son, les interesaria poco.

¿De la diferente manera como los pueblos de cada nacion conmemoran y festejan el nacimiento del Señor?—Para ello no hay sino abrir los calendarios ó las revistas extranjeras.

¿Del origen de los aguinaldos entre nosotros, ó de los *étrennes* entre nuestros vecinos los franceses?—Eso es vulgar hasta para los ignorantes.

Y si lo de circunstancias es viejo, y lo nuevo no existe, ¿cómo vamos á salir de nuestro apuro? ¿Cómo hemos de cumplir nuestro empeño?

Con algo de buena voluntad y con mucho deseo de complacer á los lectores; y sobre todo, con aquello de «Dios dirá,» síntesis y fórmula de absoluta confianza en la divina Providencia.

∴

Esta vez parece positiva y segura la mejoría del Príncipe de Gales: se han acabado los partes de los médicos; se han suprimido los telégramas oficiales; y la reina Victoria ha abandonado la casa de campo de Sandringham, residencia del augusto enfermo, para regresar á la suya habitual.

En fin, el honorable Mister Layard, ministro de la Gran Bretaña, que habia interrumpido por la enfermedad de S. A. sus banquetes y sus bailes de los lunes, ha vuelto á continuarlos el 25, con gran satisfaccion de sus comensales y convidados. Por ese lado ha desaparecido un punto negro: veamos si sucede lo mismo por los demás.

∴

¿Qué hay de Francia, pais de donde proceden siempre las revoluciones, como

De l'Orient il nous vient la lumière?

En Francia, ó lo que es igual, en París, todo sigue lo mismo. Los príncipes de Orleans, ya lo saben los lectores, han ocupado sus asientos en la Asamblea, causando grande interés al principio su aparicion en el recinto legislativo, y grande indiferencia más tarde. En eso, como en todo, se ve el carácter de la nacion francesa, impresionable, superficial y ligera.

El suceso de mayor magnitud ocurrido allí en los últimos ocho dias, es el despacho del príncipe de Bismarck al representante del imperio aleman en París, con fecha 7 del corriente, anunciando que, como medida de precaucion, han vuelto á ser declarados en estado de sitio los departamentos que áun ocupan las tropas extranjeras.

«En el caso—añade aquel documento—de que el gobierno francés se negara á la extradicion de los culpables, se echará mano de los rehenes, ó se adoptarán medidas más eficaces.»

La amenaza es terrible y cruel; y prueba que el vencedor no tiene piedad del vencido, proponiéndose llevar el rigor hasta el último extremo.

A los ojos de los hombres humanos, para los corazones generosos, semejante abuso de la victoria será un padron de deshonra y de oprobio.

No: los pueblos grandes, las naciones heróicas, no proceden así: el triunfo no les embriaga ni les ensoberbece: el fuerte no se muestra nunca violento, y la arrogancia con el débil es digna siempre de severa censura, de justa condenacion.

No es semejante conducta á propósito para disipar las alarmas que la actitud de la Prusia ha producido en Europa; ni con ella se conquistará el aprecio y el respeto de los otros países el ambicioso ministro del emperador Guillermo.

No necesitamos decir que el despacho á que aludimos ha irritado profundamente los ánimos en Francia, y que ésta, tascando el freno que le impone una mano tan dura como poderosa, sueña más que nunca con un desquite próximo, con una tremenda venganza.

Un despacho telegráfico, fecha del 26 por la tarde en París, indica que la Alemania principia á realizar sus amenazas:

«A consecuencia—dice—de un conflicto ocurrido entre los soldados prusianos y los habitantes de Vouziers (?), aquellos han preso á un habitante del pueblo como rehen.»

¡Triste presente, y áun más triste porvenir!

∴

El ciudadano Ranc ha sido objeto de una sesion borrascosa en la Asamblea.

¿Ranc? ¿Quién es Ranc? ¿Por qué se le dispensa el honor de entretener durante tres ó cuatro horas con su persona á los diputados franceses?

Ranc es un *communard*, es decir, un individuo de aquella *Commune* que tantas lágrimas y tanta sangre hizo derramar en París la primavera pasada.

Más dichoso que sus compañeros, que murieron en la accion, ó fueron fusilados ó deportados despues, Ranc vive tranquilo en la capital de la vecina República.

Nadie le ha perseguido ni se ha metido con él para nada; de modo que en las elecciones municipales de Julio último fué nombrado concejal.

¿A qué es debida tan monstruosa desigualdad? ¿Por qué lo que en unos se castiga, es en otros digno y meritorio?

A tales preguntas no nos ocurre contestar sino lo que se responde cuando no hay nada que decir: «Ahí verá usted.»

Y sin embargo, alguna explicacion, si no más satisfactoria, más positiva, podemos dar en el caso actual.

Ranc es amigo ó protegido de Mr. Julio Simon, el cual á su vez es amigo y protegido de Mr. Thiers; y merced á tadas y poderosas influencias, se ha librado aquél a suerte de sus dignos colegas y cómplices.

Más aún: á quedar un puesto vacante en la representacion departamento del Sena, y por él se presentará en candidato el ciudadano Ranc, con la seguridad de ser elegido, porque le votarán al mismo tiempo sus amigos los rojos y sus protectores los partidarios del gierno.—¡Vivir para ver!

∴

Pues bien, diputado, Mr. Raul Duval, dijo en la sesion del 20 gobierno: «*sauf tom corrigé*» á propósito del ciudadano Ranc: es decir: «¿por qué fin fusilais á Ferré y no lais perseguido judicialmente á Ranc? ¿Por qué tenemos en los pontones á los seducidos, á los extraviados, ientras los jefes de la Commune se sientan en el ayuntamiento de la ciudad de París?

A esto respdió el ministro de la Justicia, Mr. Dufaure, que nos visto ni hablado nunca á Ranc: que no sabe si es moreno ó rubio, y otras cosas de igual valor: lo cuyo impidió que la órden del dia de Mr. Duval, je implicaba una censura para el gobierno, no fuera aprobada, ni que el ciudadano Ranc quede autorado para solicitar el honor de representar á París en la Cámara, como ya lo representa en el municipio.

La impunidad de los culpables, y semejantes debilidades por arte del gobierno, ofrecen una série de puntos negros, capaces de infundir temor á los hombres de espíitu ménos apocado.

∴

Mientras tanto Mr. Thiers, con la inconsecuencia que forma la base de su sistema político, va á hacer llevar á la Cámara en los primeros dias del mes de Enero un proyecto de ley restringiendo el ejercicio del sufragio universal.

Hé aquí algunas de sus principales disposiciones: Se exigirá á los electores—como en España—haber cumplido 25 años; uno de residencia en cualquier punto, y pagar alguna cuota de contribucion.

Esto no es la reforma, sino la supresion del sufragio universal ilimitado, medida que nos parece excelente, aunque no era Mr. Thiers quien la debia proponer.—Con ella no tendrán voto los jornaleros ó obreros, que son el gran peligro y el gran elemento de la Internacional.

II.

Dejemos ya las extranjeras, y tornemos la vista á nuestras propias cuestiones. ¿Es más satisfactoria su situacion que la de los otros países?—¡Ay! ¡No!

El año 1872, que se acerca rápidamente,—que habrá llegado cuando estas líneas vean la luz,—viene lleno de temores y de amenazas para nosotros, como para las restantes naciones de Europa.

Se ha constituido un nuevo ministerio; se ha puesto al frente de él uno de los hombres más capaces del partido progresista histórico; ha entrado á reforzarle uno de los héroes de la revolucion de Setiembre; y sin embargo, el gabinete parece haber nacido muerto.

Cuando todos esperaban de él medidas y disposiciones enérgicas; cuando su posicion especial reclamaba grande actividad y diligencia, vive en la inaccion y en el marasmo; mira á lo pasado con satisfaccion, y á lo futuro con espanto.

El rey Amadeo le ha exigido reunir las Córtes en un plazo breve; y el gobierno, como el chiquillo que espera ser castigado al llegar á la escuela, retarda lo posible la reapertura de aquellas.

¿Puede esperar mejor recibido por los diputados del señor Sagasta, que lo fué el contrasalmirante Malcampo? ¿No era éste la representacion de aquel espíritu del otro? ¿Y sirvió nada más que para impedir el voto de censura de la noche del 17 de Noviembre?

Muy optimista es quien crea que puede ser todavía larga la existencia del Congreso; muy optimista el que suponga, dejando á un lado las pasiones y los intereses de partido, las oposiciones van á dedicar

á regularizar la cuestion económica y á tratar de la de Cuba.

No: segun todas las probabilidades, el ministerio Sagasta-Malcampo será derrotado en la eleccion de presidente de la Cámara: y despues nadie sabe si el monarca optará por la disolucion de ella, ó por confiar el poder á Ruiz Zorrilla, quien se lisonjea de ser más feliz que su rival, y de obtener mayoría.—¡Mayoría el que fué vencido el 2 de Octubre! ¡Mayoría el que tuvo que retirarse ante un voto adverso de esa coalicion omnipotente para destruir, incapaz de fundar y de consolidar algo!

∴

El personal del nuevo gabinete es el que dijimos en nuestra Revista última: sus únicos actos hasta ahora han sido algunos nombramientos sin importancia, tímidos, recelosos, cobardes, si se nos permite la palabra, para que no se diga que el señor Sagasta se ha hecho conservador. Pero ¿qué importa que se diga si es verdad? ¿Es hoy el presidente del Consejo y ministro de la Gobernacion lo que era en otros tiempos? ¿No ha soltado prendas, no ha adquirido compromisos que demuestran el cambio producido en el por el ejercicio del poder, por la experiencia ó por los desengaños? La entrada en el ministerio del señor Topete, del mismo señor Groizard, ¿no indica claramente en qué elementos piensa apoyarse el amigo de Calvo Asensio?

Mejor fuera que, abandonando vanos escrúpulos el señor Sagasta, se declarase noble, francamente conservador: mejor fuera que, desechando engañosas ilusiones, dijese la verdad al país:—esto es, que la antigua bandería progresista ha muerto, y que de ella se han formado el partido democrático y el que acaudilla Sagasta, y que no tiene nombre aún.

∴

Nadie, por lo demás, sabe el dia fijo de la reunion de las Córtes: será del 15 al 20, segun toda probabilidad. Tambien se ignora el candidato ministerial para la presidencia: el de los radicales debe ser naturalmente el señor Ruiz Zorrilla;—pero sea quien fuere, no ejercerá mucho tiempo sus altas é importantes funciones. El Congreso actual es una monstruosidad, y los seres deformes no alcanzan nunca larga vida.

Los nuevos ministros se han dedicado desde el principio á una tarea verdaderamente patriótica: á la de allegar recursos y mandar refuerzos al ejército de Cuba. Ya se han embarcado para allí algunos batallones de cazadores; y el 26 salió de Madrid con el propio objeto el de Santander, que fué despedido por el rey Amadeo en la estacion del Mediodía.

El jefe del Estado dirigió á nuestros soldados algunas frases en castellano no muy puro, y volviéndose al general Gándara, que estaba junto á él, le dijo sonriéndose:

—Ménos trabajo que pronunciar estas palabras me hubiera costado marchar con ellos á defender la patria.

Lo cual revela á la par el valor de S. M. y la poca facilidad con que todavía se expresa en la lengua de Garcilaso y de Cervantes.

III.

Los teatros están en su buena época, es decir, en la de las grandes entradas por tarde y noche.

Las funciones de Noche-buena generalmente no corresponden por su mérito al número de espectadores que las favorecen; el público es en estos dias bonachon, y se contenta con cualquier cosa.

Antes exigia ante todo que se le hiciese reir: ahora se conforma aunque se le haga llorar. Eso precisamente ha sucedido en el coliseo Español, donde se ha puesto en escena un drama *barmogant*, de Schiller, *Intriga y Amor*, traducido ó arreglado en excelentes versos por D. Antonio Hurtado.

La empresa ha tenido la extravagante y absurda idea de estrenarlo ahora, y de anticipar comedias que el 24 de Diciembre hubieren sido bien recibidas, y que representadas entónces lo han tenido malo: ejemplos, *La Casta Susana* y *Como llovido del cielo*.

En cambio, por la tarde nos regaló el señor Larra un juguetillo lindísimo, titulado *La tarde de Noche-buena*, que llenó su objeto y mantuvo constantemente la risa en los labios de los oyentes.

Lo mismo alcanzó la comedia del señor Martinez Pedrosa *La caja de Pandora*, que se representó de noche en el teatro del Circo. Es una obra sin importancia literaria, pero que entretiene y recrea al espectador, arrancándole frecuentes carcajadas.

La funcion tuvo otros accesorios convenientes y oportunos, como el célebre sainete *La casa de Tocame Roque*, justificando así el aplauso que mereció, y la consideracion que la crítica imparcial é ilustrada le ha concedido.

Dos indicios hay de que no ha premiado el éxito lo practicado por las empresas del teatro Español y del de la Zarzuela, y es, que para la misma semana de Pascua anuncian dos novedades: en aquél *El miedo guarda la viña*, proverbio en tres actos de D. Eusebio Blasco, y en éste *Los colegiales de Puerto Real*, con música de un maestro italiano.—Dios les conceda mejor suerte que la que han tenido con *Intriga y amor* y *La sota de espadas*.

IV.

Continúan en el gran mundo las fiestas brillantes y animadas. Despues de la de los marqueses de Alcañices, ha habido muchas en las legaciones de Inglaterra y de Alemania: en casa de los marqueses de Bedmar y de la condesa del Montijo; y en fin, el 24 han dado espléndidas cenas á gran número de sus amigos, tanto la ilustre señora á quien acabamos de nombrar, como los duques de Fernan-Nuñez, los marqueses de la Vega de Armijo, las duquesas de Noblejas y de Medinaceli, los condes de Guaqui, los barones de Hortega, el conde de Carvallal y la señora de Montalvo.

En varias partes, al banquete ha precedido la Misa del Gallo, celebrada en el oratorio ó capilla de la casa, bailándose luégo hasta hora muy avanzada del amanecer.

Mañana sábado abrirán sus salones los duques de Almodóvar: el lunes los condes de Puñonrostro: despues tornarán á dar nuevos saraos los duques de Bailén, los marqueses de Molins, de la Torrecilla, de Vinent, de Alcañices; los condes de Heredia Spinola y Villapaterna, la señora de Castro, y no sabemos cuántos más.

Aunque se añade *La Regeneracion*, que no quiere oir decir que la gente se divierte, añadiremos que pocos inviernos ha habido en Madrid más alegres y bulliciosos.

—¡Bailais sobre un volcan!—decia un personaje místico noches pasadas en cierto salon.

—¡Con tal de que bailemos!—repuso una jóven que estaba allí, asiendo el brazo de su pareja y corriendo á tomar parte en el cotillon que entónces principiaba.

EL MARQUÉS DE VALLE-ALEGRE.

29 de Diciembre de 1871.

EL ÁRBOL DE LA VÍRGEN.

Es el Egipto un pais de imperecederos recuerdos; tanto, que en él brilló la aurora de la libertad para los hijos de Abraham, de Isaac y de Jacob, que por mucho tiempo arrastraron la cadena del esclavo bajo la tiranía de los Faraones. Lo es tambien por haberle escogido como lugar de refugio el Redentor de la humanidad, cuando sirviéndole de trono los brazos de su vírgen Madre y de corte el humilde patriarca José, abandonó á Betlheem para burlar las pesquisas del implacable Herodes, por los mismos dias que hoy conmemora la Iglesia.

Llena esta tierra de antigüedades y de gloria; presentando por todas partes ruinas y vestigios de su pasada grandeza, abre sus puertas á la civilizacion europea.

Hace poco tiempo se verificó un acontecimiento extraordinario que formará época en la historia. La apertura del canal de Suez, obra con la cual Mr. de Lesseps ha dado una nueva prueba de cuánto puede el genio del hombre, ayudado por la fé y el amor al trabajo, facilitando el que el Mediterráneo y el Mar Rojo se dieseu un ósculo fraternal, permaneciendo unidos en estrecho abrazo, puso en movimiento á príncipes y magnates, á literatos y artistas, y á multitud de otras personas de los diversos pueblos de la Europa, que ganosos de presenciar la inauguracion del canal, emprendieron tan dilatado viaje. ¿Quién no habia de desear hallarse presente al solemne acto de unirse el Oriente al Occidente? ¿Quién no habia de aspirar al honor de saludar, de ver siquiera á Fernando de Lesseps, á esa gloria del siglo XIX, que, con la ruptura del Istmo de Suez, ha llevado á cabo una obra que siempre se tuvo por sueño irrealizable? En el acto solemne de la inauguracion, la ciencia sobrepujaba á todos los poderes: Lesseps sobresalia entre todos los grandes y soberanos del mundo, como las altas torres y pirámides sobresalen en las grandes ciudades á través de los edificios de que están rodeadas.

No es nuestro ánimo ocuparnos de tan grandiosa obra, ni aunque lo intentáramos, podríamos añadir nada superior á lo que estudiado detenidamente dijeron en los primeros números de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA, plumas mejor cortadas que la nuestra. Si hemos trazado las anteriores líneas, á ello nos ha movido el deseo de enviar un pobre saludo y un pequeño homenaje de admiracion al hombre de la fé, al monarca de la ciencia y del trabajo, al verdadero adalid del progreso; que no en agitarse por el borrascoso mar de la política consiste, sino en hacerse útil á la familia humana por los grandes adelantos en las ciencias y en las artes.

Los que han tenido la dicha de asistir á la inauguracion del canal que ha unido ambos mares, han podido contemplar en su expedicion las maravillas del Egipto. Aquellos montes de piedra labrada; aquellos obeliscos, restos de la antigüedad, medio destruidos por el implacable tiempo; aquellas gigantescas pirámides, á cuya cumbre se llega con la ayuda de los prácticos árabes, y desde las cuales apenas se divisan los hombres que á las faldas de las mismas se disponen para emprender la peligrosa ascension; aquellos vastos y abrasados arenales, en los que se hallan marcadas las huellas de los elefantes; y en suma, aquellas inmensas figuras de animales y de hombres, todo llama necesariamente la atencion del viajero. Empero otros objetos reclaman con más imperiosidad las miradas del hombre de creencias religiosas.

Aunque existen varios canales en el Egipto, no hay más que un rio, que es el Nilo; pero ¡cuántos recuerdos encierra! Un dia flotaba por sus aguas una barquilla de mimbres, que se mecia al son de las cuchillas que alzaban los que sufrian la humillacion de su cautividad. Contemplaba una princesa la marcha corriente, que se asemejaba á una cinta de plata, y sus ojos descubrieron la barquilla: extiende sus brazos, se apodera de ella, y el rio le entrega un niño, que si entra por las puertas del naufragio, está destinado por el cielo á ser el caudillo y el legislador del pueblo de Israel. Era el gran Moisés, que en la cresta del Sinaí habia de recibir las tablas de la ley de manos de Jehovah.

Más tarde, cuando hubieron pasado los años de infortunio y de desventuras; cuando en el reloj de la eternidad sonó la suspirada hora de la justicia, atraviesa las llanuras del Egipto para dirigirse al desierto un ejército numeroso, al que visiblemente favorecia la Providencia, concediéndole una columna de nube que le preserve de dia de los abrasadores rayos del sol, y otra de fuego que guie sus pasos por la noche. ¡Feliz pueblo aquel al que le es más fácil numerar la multitud de sus hijos que los prodigios que obra el Señor para protegerle! Tras este ejército, compuesto de más de seiscientos mil viandantes, avanza un guerrero, que dirige numerosa hueste y que se esfuerza por darle alcance; pero las olas del Mar Rojo, que se habian abierto para dar paso á los hijos del escogido pueblo, se agitan de pronto en confuso torbellino, encontrando su tumba en medio de ellas los poderosos ejércitos del soberbio Faraon.

No evocaremos otro recuerdo, para lijarnos tan sólo en el que es objeto del presente artículo.

Cuando el mundo habia llegado al estado de la abyeccion más vergonzosa; cuando se habian olvidado generalmente hasta las más sencillas nociones de Dios, de su providencia y de su justicia; cuando no conocia límites el poder de los emperadores romanos, y la humanidad se humillaba al pié del Capitolio para servir de alfombra á los Césares, apareció en el horizonte de la Judea la luz de brillantes resplandores, cuya mision era *iluminar á todo hombre que viene á este mundo*. Este astro, que habia de disipar las

tinieblas del paganismo, era Jesús, el Verbo de Dios anunciado al hombre desde el génesis de la humanidad, y del que habian hablado los profetas para sostener la espectacion universal, señalando todas las circunstancias de su vida entre los hombres y hasta el lugar de su nacimiento.

Cuando Herodes tuvo conocimiento por los magos de Oriente de que habia nacido el Mesías, concibió el proyecto de desembarazarse de él, y para ello »mandó »matar todos los »niños que habia »en Bethlehem y en »toda su comarca, »de dos años abajo, »conforme al tiem»po que habia ave»riguado de los ma»gos.»

Un ángel avisó á José del peligro; y éste, con su casta esposa y el divino Infante, se dirigió á buscar un asilo en el país en que Abraham, padre de los creyentes, lo habia buscado tambien, y donde el pueblo hebreo habia gemido largo tiempo en la más dura y ominosa esclavitud. ¡Qué espectáculo el ver atravesar los arenales de los caminos del Egipto al *Señor de los que dominan*, que es la santidad por esencia, á la más pura de las mujeres, que es la santidad por gracia, y al más dichoso de los hombres, constituido en padre y cabeza de aquella santa familia!

El poético Orsini, hablando de este viaje, dice: »Ellos »habian pasado más »allá de Anathos, y »se dirigian por el »lado de la Banda, »á fin de bajar á las »llanuras de la Si»ria; con el afan de »sustraerse á una »peligrosa vecin»dad, habian apro»vechado algunas »horas de la no»che, cuando vie»ron desembocar de »una oscura barra»ca unos hombres »armados que les »impidieron el pa»so. El que parecia »ser jefe de esa tro»pa de bandidos, se »avanzó del grupo »hostil para recono»cer á los viajeros. »José y María se »habian detenido »mirándose con in»quietud. Jesús dor»mia. El salteador, »que venia para tomar sangre ú oro, arrojó una mi»rada de asombro sobre aquel hombre venerable, »sin armas, muy semejante á un patriarca de los an»tiguos tiempos, y sobre aquella mujer cubierta de un »velo que parecia querer ocultar su Hijo en su cora»zon; tanto era lo que le apretaba contra su pecho, »con el afan más doloroso. ¡Ellos son pobres (dijose »el bandido á sí mismo) y viajan de noche como unos »fugitivos!... Tal vez tenia tambien un hijo en la cuna; »tal vez la atmósfera de dulzura y misericordia que »rodeaba á Jesús y á María, obró sobre esa alma fe»roz: él bajó la punta de su lanza, y tendiendo á José »una mano amiga, le ofreció hospedaje para la noche »en su fortaleza, suspendida al ángulo de una roca, »como el nido de una ave de rapiña. Este ofrecimien»to, hecho con franqueza, fué acogido con una santa »confianza, y el techo del bandido fué en esta ocasion hospitalario como la tienda del árabe.»

Désde á esta tradicion el valor que se quiera, existe otra recibida siempre con respeto. Aun se ve cerca del Egipto un árbol corpulento que parece desafiar la accion destructora de los tiempos, y del cual es fiel reproduccion el grabado que acompañamos. Fatigados los santos viajeros de una travesía tan dilatada, tenian necesariamente que tomar reposo repetidas veces. Desde Bethlehem al Egipto hay cien leguas de camino, cincuenta de las cuales eran de desierto.

Segun la tradicion constante que se trasmite de padres á hijos, de generacion en generacion, una de las paradas la verificó la Santa Familia al pié del árbol, que por esta causa es conocido con el nombre de *Arbol de la Virgen*; cuyas frondosas ramas cobijaron al que mandando al viento y á las tempestades, quiso sujetarse á todas las miserias de la naturaleza humana, excepto al pecado. Los árabes tienen buen cuidado de explicar la tradicion á los viajeros cristianos; y el soberano del Egipto, queriendo hacer un obsequio á la entónces emperatriz de los franceses, cuando visitó aquel país con motivo de la inauguracion del canal de Suez, le hizo donacion del terreno donde se halla el *Arbol de la Virgen*.

Admira ciertamente el que despues de tantos siglos pueda conservarse en toda su lozanía; empero, por una parte, sabemos que existen árboles de remotísima antigüedad; y por otra, respetamos el poder del que es árbitro de la naturaleza, para haber ordenado que permanezcan por siempre resistiendo á la accion destructora del tiempo, aquellas ramas que sirvieran de dosel al que sostiene sobre ejes de diamante la inmensa mole del universo, y á aquella Virgen purísima, cuyo seno fué en la tierra tabernáculo de la Divinidad.

E. Moreno Cubada.

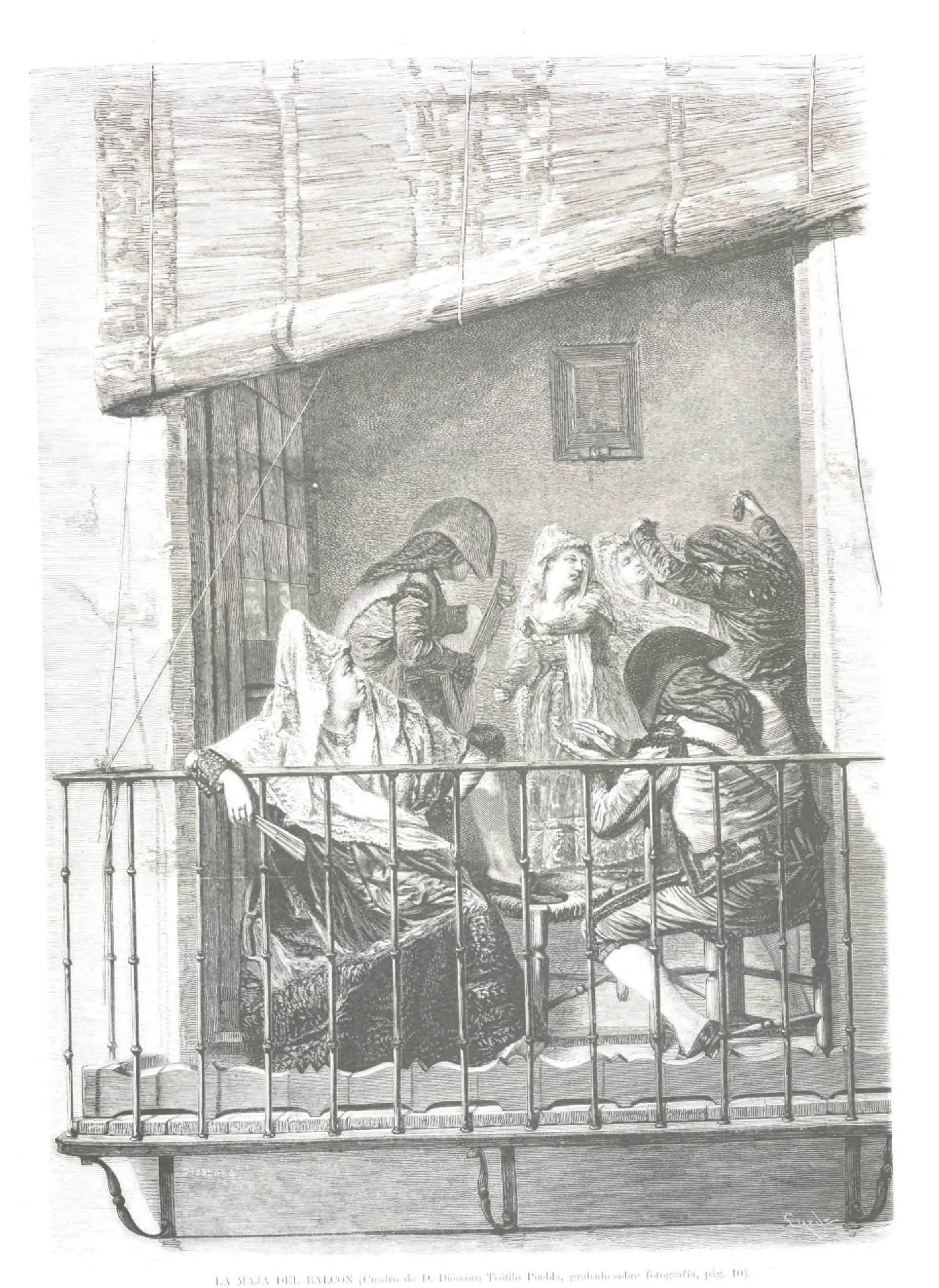
VERSALLES.—Entrada de los príncipes de Orleans en la Asamblea francesa (pág. 6).

DIÁLOGOS.

VI.

EL PACTO SECRETO.

—¡Hola!... parece que no hay nadie en esta casa... ¡Inés!... ¡Rosalía!... ¡Sergia!... Por el otro oido... ¿Si tendremos otra como la de Zumárraga?... Son las ocho de la mañana, y estoy en avunas. Estas señoras creen que yo vivo como los camaleones... ¡Eh! mi chocolate, mi bandeja con bollos y mi vaso de leche, que no se necesita ménos para poder llegar á las once del dia, que es la hora del almuerzo. Que si quieres... No parece nadie. Esto no está bien... Me obligan á dormir en la posada, y me dan de comer con la precisa condicion de que no he de pasar del vestíbulo. ¡Qué capricho de señoras!... Vengo con todo el apetito de un hombre que ha dormido perfectamente. Entro el jardin solitario, el vestíbulo desierto, y estas puertas que comunican con el interior de la casa, perfectamente cerradas. ¡Ah! ya caigo, habrán ido á misa. Eso es; ellas en misa y yo aquí muerto de hambre. Es una broma muy pesada... ¡Inés!... ¡Rosalía!... ¡Sergia!... Calle... Oigo la risa de mi cara mitad



LA MAJA DEL BALCON (Cuadro de D. Dionisio Teófilo Puebla, grabado sobre fotografía, pág. 10).

tro lado de esa puerta. Se conoce que hoy ha despertado de buen humor. Sí, se rie con la niña de Rosalia; pues, alguna gracia de la chicuela, y yo aquí en ayunas á las ocho de la mañana y á primeros de Setiembre. Pero si no oyen mis voces, oirán los golpes de mi baston sobre la puerta. Uno, dos tres... Así... á ver... ¡Oh!... Ahora pregunta quién anda aquí... Yo, mujer... yooo... que...

—¡Caballero! dijo Inés abriendo la puerta y saliendo al vestíbulo: ¿qué estrépito es este?

—Sin duda, le contestó su marido, el absolutamente indispensable para que me oigas; pues hace media hora que estoy aquí desgañitándome sin que aparezca alma viviente.

—Es posible... porque me pareció oir tu voz.

—Eso es; y la oias como si tal cosa.

—No, creí que era la puerta del jardin, que rechina horriblemente cuando el viento la mueve.

—Gracias, señora, todos no podemos tener la voz dulce, porque es preciso que haya de todo en el mundo. ¿Y con qué voz habia de llamar estando todavía en ayunas?

—Es verdad, dijo Inés. Sergia, Sergia... el chocolate. Nosotras, añadió, lo hemos tomado ya.

—¡Dichosas vosotras! exclamó el marido hambriento, sin apartar los ojos de la puerta por donde habia de entrar el codiciado refrigerio. Dime, Inés, ¿y Rosalia?

—Se halla ocupada, contestó Inés, en arreglar los mundos.

—¡Los mundos, querida mia! Ignoraba yo que tuviera tan altas aficiones tu apreciable amiga.

—Sí, arregla los mundos, porque hemos decidido tomar mañana el camino de Madrid.

—Ya: eso es otra cosa... Pero aquí está el chocolate. Gracias á Dios... ¿Será de Vitoria? Gran chocolate... y en taza... Soberbios bollos; y la leche azulea... debe ser exquisita. Pongámosle este ligerísimo puntal á la vida, y vamos viviendo. ¿Con que decididamente nos volvemos á Madrid?... Me alegro, porque esta vida empezaba ya á cansarme. Mientras ha estado aquí Jorge, tal cual; mas hace quince dias que se fué, sin que me fuera posible detenerlo más tiempo... ¡Pobre muchacho! está enamorado como un tonto... Además, hemos pasado aquí muy cerca de mes y medio, y ya es razon de que regresemos á nuestra casa.

—Sin duda, añadió Inés sentándose en frente de su marido.

—Bien, siguió él diciendo. Veo que hoy estás amable y quieres hacerme compañía, á lo ménos mientras tomo este tente en pié. Ya se ve: no nos vemos nunca á solas... Vivis aquí como monjas, y me teneis prohibido que penetre en vuestras celdas... ¡Demonio! esto ya pasa de castaño oscuro.

—Tenemos que hablar, dijo Inés secamente.

—Magnífico... ese es mi fuerte, y hace quince dias que tengo que apelar al recurso de hablar solo. ¿Has regañado con tu amiga? Justo, cosas de mujeres... Cuéntame, cuéntame... Pero ántes, ya que te veo expansiva, dime por qué nos abandonaste en Zumárraga del modo que lo hiciste, porque lo doy mil vueltas y no lo comprendo.

—Fué un capricho.

—Explícamelo.

—Seria inútil.

—¿Por qué?

—Porque áun cuando lo explicara, no lo entenderias.

—Tienes razon; los altos juicios de Dios y los caprichos de las mujeres, son incomprensibles á los hombres.

—Pues ahora, añadió Inés, tengo entre manos otro capricho que es preciso que comprendas.

—¿Sí? Vaya; ¿á que soy capaz de adivinarlo? Veamos: tú quieres tener este invierno abono entero de platea en el teatro Real; y es un verdadero capricho, porque como repiten tanto las mismas óperas, no hay necesidad de ir todas las noches. Nos va mucho mejor con nuestro cuarto turno de palco principal; no es necesario vestirse tanto, y se disfruta lo mismo.

—No se trata de eso.

—¿No?... entónces ya te comprendo: quieres estrenar un tren nuevo, y es una locura; porque el *landó* que tenemos está todavía en buen uso, y los caballos pueden tirar aún bastante tiempo.

—Tampoco es eso, replicó Inés con visible impaciencia.

—Ya, ya caigo. Deseas, como ahora se dice, abrir tus salones, recibir un dia á la semana, dar *soirées*, comidas, etc. Pero eso, hija mia, tiene muchos inconvenientes: resentimientos de unos, envidias de otros, habladillas de todos; te matarás por complacer, y nadie quedará contento. Siempre he sido enemigo de esas recepciones en mi casa. Además, para eso se necesita un Potosí... y ¿cuántos no se arruinan? Nosotros vivimos bien, muy bien; mas... yo no tengo rentas para tanto.

—¿Has concluido? preguntó Inés.

—Sí; pues me parece que con lo dicho basta.

—Sobra, añadió ella, pues todo lo que has dicho es inútil: no se trata de eso.

—Explícate, querida mia, explícate, exclamó el viejo, sepultando un bollo entero en las profundidades de su boca. Deseo entenderte, y desde ahora pongo á tu disposicion todo mi entendimiento.

—Pues bien, no me interrumpas; sujeta por un momento la habitual intemperancia de tu lengua, y óyeme, porque voy á proponerte un convenio, un pacto.

—Habla, habla, añadió el marido llenándose la boca con otro bollo.

—Tú, dijo Inés, tienes sesenta y cuatro años.

—Sesenta y tres, señora, sesenta y tres.

—Es lo mismo. Yo tengo veinticuatro.

—Cumplidos.

—Es igual; pues siempre resulta que tú estás en la fuerza de la vejez, y yo en la fuerza de la juventud.

—¡Y á qué viene esto!...

—Oye y calla, replicó ella; y viendo vacía la bandeja, gritó: Sergia, más bollos. Hace dos años que nos casamos.

—Cierto.

—Tú, por la ridícula vanidad de tener una mujer jóven; yo, por la necia ambicion de tener un marido rico.

—¡Oh, qué manera tan feroz de ver las cosas!

—Como son, Jaime, como son. A tu edad no hay en el alma el calor que el amor necesita. La vejez es para amar á los hijos, para amar á la patria, para amar la sabiduría, para amar las virtudes; pero no para amar á las mujeres. Tú no podias amarme, y yo no podia amarte tampoco. Podias hacerme sentir el respeto, la veneracion que deben inspirar los años; pero tú has perdido completamente el atractivo de la juventud, y no posees ninguna de las nobles cualidades que hacen venerable á la ancianidad: no tienes más títulos á la consideracion del mundo que los de tu dinero; suprime el oro que llena tus gabetas, y dime con qué podrás dar brillo á tu nombre. No hagas gestos: te digo la verdad, porque debo decírtela. La historia de nuestro casamiento se reduce á muy pocas palabras: me vendi y me compraste. Tú sin advertir que exponias tu honor de marido, y yo sin pensar que exponia mi virtud de mujer.

—¿En qué diablo de novela has leido esos disparates? preguntó el marido mirando á su mujer con espanto. Nada de lo que dices tiene piés ni cabeza.

—Oye y calla, replicó ella. Sé que mi deber me manda quererte; pero siento que mi corazon me dice que no le es posible. Te engañé una vez, y no quiero engañarte la segunda. Te debo una fidelidad completa, y vengo á decirte: Jaime, ayúdame á defenderme de mi propio pensamiento.

—Bah... bah... Esto, Inés, pertenece al género romántico; y te advierto, hija mia, que ya no está en moda.

—Muy bien, caballero. Cambiemos de género. Supon que no he dicho nada de lo que has oido. Mi corazon leal se esconde en el último rincon de mi pecho; soy yo la mujer más amable del mundo; te sonrio siempre que me miras; oigo sin pestañear tu charla tan inagotable como insufrible; me someto voluntariamente al tormento de tus halagos; soporto hasta con alegría tu continua presencia; eres á mis ojos jóven, más aún, hermoso... ¡qué felices son tus ocurrencias!... ¡qué gracia encuentro en tus insustanciales relatos!... ¡qué espirituales son tus ramplonas conversaciones!... ¿Te parece poco?... pues encontraré elegancia en tus hombros rígidos, soltura en tu aire decrépito, distincion en el arrastre de tus piés enormes, nobleza en tus vulgares sentimientos, generosidad en tu egoismo. ¿Qué más quieres?... Te engañaré por la mañana, por la tarde y por la noche, con las sonrisas, con las miradas, con las palabras... ¡Oh, *tendré celos*, y *tú serás el hombre más dichoso* de la tierra! Pero este engaño constante, esta traicion continua, deben tener un objeto. ¿Soy codiciosa? Entónces querré un testamento á mi favor de todos tus bienes, y que te mueras cuanto ántes. ¿No? pues te oculto bajo tan fingido cariño un amor culpable. ¿Qué prefieres, la traicion ó la lealtad? Elige.

—Inesita, sacas las cosas de quicio. Si todo esto es una broma que me prepara tu buen humor, debo reirme y celebrar tu ingenio. Si hablas formalmente, creeré que se ha trastornado tu cabeza, y será preciso advertirte *adónde llegan mis derechos de marido*.

—¡Tus derechos de marido! exclamó Inés soltando una carcajada. Si no me sirve la comedia, apelaré al drama: lo mismo que te abandoné en Zumárraga por una amiga, te abandonaria en Madrid por un amante. Ya has visto que sé abandonarte.

—¿Qué pasa por tí? preguntó el viejo sériamente alarmado. No te conozco; tú eres otra. ¿Será tu querida Rosalia, tu amiga del alma, la que te ha trastornado el juicio de este modo?

—Eres injusto, porque precisamente ella es la que me salva á pesar mio y á pesar tuyo.

—Tranquilízate, Inés, tranquilízate. Me parece que estás sumamente nerviosa. ¡Demonio! añadió llevándose ambas manos á la cabeza. Es posible, sí, es posible. Vamos á ver: ¿adonde vas á parar con todo esto?

—A un pacto.

—Explícate, hija mia, explícate.

—Voy á explicarme: despues del punto á que ha llegado nuestra conferencia, es inevitable una separacion entre nosotros. No me interrumpas, ni te admires. Hay dos separaciones: una pública, y por consiguiente escandalosa, que cada uno comentará á su manera, en lo cual no ganaremos nada. Esta separacion no nos conviene. Hay otra, privada, íntima, que podemos realizar sin ruido y sin escándalo por mútuo convenio. Nuestra casa es grande, y podemos partírnosla como buenos amigos. Tú, tu departamento; yo, el mio. Nos veremos todos los dias dos veces en el comedor, á la hora del desayuno y á la hora de la comida, prohibiéndonos recíprocamente penetrar en nuestras respectivas habitaciones, fuera de los casos de enfermedad en que tenemos obligacion de asistirnos. Tú recibes las visitas de tus amigos en tu departamento; yo te juro no recibir á nadie en el mio. Junto á la casa en que vivimos en Madrid tienes otra, cuyo cuarto principal está desocupado. Ese cuarto lo ocupará Rosalia, y se lo cederás muy barato, porque es pobre y necesita vivir en Madrid, y además necesito yo su continua compañía. Estas son mis condiciones.

—Pero Inés, semejante capricho...

—O este capricho, ó una locura: ó accedes, ó no respondo de mi fidelidad. Es la única manera que encuentro de salvar tu decoro y mi virtud. En cambio, ni la más leve sombra empañará tu honor de marido. Quiero vivir retirada, escondida, léjos de los peligros que el mundo ofrece á una mujer jóven casada con un viejo. Voy á consagrarme á la educacion de una niña, cuya hermosura y cuya inocencia han despertado en mi ternísimo cariño; es pobre, y quiero librarla de mi desgracia. La hija de Rosalia va á ser tambien mi hija... no puedo aspirar á otra cosa.

—¡Inés!...

—Silencio... Caballero, usted tiene ya sesenta y cuatro años... se ha casado usted muy tarde... muy tarde. No espero más que una respuesta categórica: sí, ó no.

—¿Y qué voy á hacer yo en el mundo, casado y sin mujer? ¿No comprendes esto, querida mia?

—Sacude esa holganza egoista en que vives. ¿Acaso porque eres rico no tienes obligacion de ser útil?... Piensa en algo serio, haz algo provechoso, sirve de algo. Busca en los libros una experiencia que no has adquirido con los años. Si no tienes un gran talento, ten al ménos un buen corazon: busca la amistad de los desgraciados, y aprovecha tu dinero en socorrer á los desvalidos. Por lo demás, mi resolucion es irrevocable, y espero respuesta terminante.

—Bien, Inés; mucho trabajo me cuesta acceder á tu capricho; pero me amenazas de un modo terrible. Separémonos íntimamente, con la condicion de que este pacto sea secreto; que nadie sepa nuestro convenio... ¡Cáspita!... Caeria sobre mí un ridículo espantoso.

—Será un pacto secreto, y es asunto concluido, dijo Inés saliendo del vestíbulo por la misma puerta que habia entrado.

—Mi matrimonio, refunfuñó el viejo meditabundo, no ha sido un gran negocio; pero al ménos es franca, y seria mucho peor que no lo fuese. Bueno. Despues de todo, la vida que se propone hacer no es mala, y sobre todo, barata. En cuanto á sus consejos... allá veremos... Sea usted generoso... arruínese usted... porque la señorita lo quiere... ¡Bah!...

Dijo; apuró el vaso de leche que estaba sobre la mesa; se tendió en la butaca, y se quedó profundamente dormido.

J. Selgas.

ENTRADA DE LOS PRÍNCIPES DE ORLEANS

EN LA ASAMBLEA FRANCESA.

Célebre será, en los anales parlamentarios de la Francia, la sesion celebrada por la Asamblea nacional en la tarde del 18 de Diciembre último.

El príncipe de Joinville y el duque de Aumale, elegidos diputados por los distritos de Sena y Oisse y del Haute-Marne, anhelaban vivamente tomar posesion de los puestos que les correspondian en la Cámara francesa; mas oponíase hasta cierto punto el presidente de la república, recordándoles cierto compromiso contraido por aquellos algunos meses ántes.

Sin embargo, los dos príncipes juzgaban que el compromiso ya no existia, y se dirigieron á sus electores diciendo resueltamente:

«...En nuestro entender, nada debe privaros por más tiempo de dos de vuestros representantes, y *nadie* tampoco puede imponernos una abstencion inconveniente en los difíciles tiempos que corren para nuestro país.»

M. Brunet, diputado orleanista, se hizo intérprete en la Cámara de esta resolucion de los príncipes; pidió que fuera aprobado un proyecto de ley, en el cual se declaraba que perdian todos sus derechos los diputados que no asistieran á las sesiones durante cierto tiempo; dijo que tal proyecto se referia á dos colegas que no asistian á las sesiones hacia ya trescientos veinte dias; declaró que estos colegas eran los príncipes de Orleans, libres ya del compromiso que habian contraido, y concluyó exclamando en alta voz:

—¡Pido, pues, la entrada inmediata de los príncipes de Orleans en esta Asamblea!

Pero le contestó el ministro del Interior, M. Casimiro Perier, en nombre del presidente de la república, y dijo:

—M. Thiers ha creido que no podia eximir á los príncipes de la palabra empeñada, porque contrajeron compromisos con él y con la Cámara; pero declara que por su parte no se opone de ningun modo á que entren los príncipes de Orleans en la Asamblea.

Y despues de varios incidentes *pueriles*, de esos que hacen las delicias del público que asiste á las tribunas, la Asamblea rechaza la órden del dia por 358 votos contra 273, y aprueba, por 646, la siguiente motivada:

«La Asamblea nacional, considerando que no tiene que aceptar ninguna responsabilidad ni dar su parecer acerca de un compromiso en que no ha tomado parte, pasa á la órden del dia.»

Y pasó, en efecto, con gran contentamiento de las gentes sensatas y de los amantes sinceros del régimen parlamentario.

Pero todos se preguntaban, concluida ya la borrascosa sesion:

—¿Qué harán los príncipes de Orleans?

Pregunta que fué contestada, en la tarde del siguiente dia, por los mismos príncipes, cuando éstos, anunciados préviamente por un ugier, aparecieron en la Cámara, atravesaron el salon con lento paso, y fueron á sentarse en el centro derecho, entre dos de sus más fieles partidarios.

Este hecho representa nuestro grabado de la página 4.

Al ver á los príncipes, aplaudieron los diputados del centro y algunos de la derecha, y permanecieron impasibles, como si hubiesen estado clavados en sus asientos, los de las extremas derecha é izquierda.

En cuanto al presidente de la Asamblea, M. Grévy, fingió—dice una carta de Versalles—no apercibirse de la llegada de los príncipes, y continuó presidiendo con su cachaza característica.

Así ha terminado, al parecer, una cuestion que entrañaba cierta gravedad, teniendo en cuenta la significacion política de los hijos de Luis Felipe I y la situacion anormal en que se halla la nacion francesa.

LA SÉRIE.

(CUENTO CURIOSO.)

I.

No sé si alguno de mis lectores conocerá el inmoralísimo juego de la *ruleta*. Quiero suponer que sí, porque desgraciadamente este juego se permite en la mayor parte de las poblaciones de Europa, ó por mejor decir, se tolera. Apenas hay casino ni sociedad de recreo donde cuatro ó seis aficionados no hayan conseguido implantar aquel juego, seductor como ninguno para los jugadores, y fascinador como pocos para los incautos.

La ruleta ha dado la vuelta al mundo. Dicen que un fraile francés fué el inventor de tan útil descubrimiento. Siempre fueron temibles los frailes en sus invenciones, y de ello es buena prueba la de la pólvora, atribuida generalmente á otro fraile, aleman de nacion, segun los eruditos aseguran. La ruleta ha arruinado casi á tantas personas como se han acercado al tapete verde que á ambos lados de la rueda giratoria contiene el cuadro de los números que han de salir premiados. Pero como no se ha dado caso de jugador arrepentido ni de escarmiento verificado, á cada nueva ruina sucede una nueva aficion, y la perspectiva de una riqueza súbitamente adquirida, es gran fomento del vicio y no menor ganancia de los que explotan este vicio mismo.

De algunos años á esta parte, los especuladores de este género de saqueo disimulado han elegido como grandes centros de su actividad aquellos sitios donde es mayor en verano la afluencia de gentes acomodadas. Los baños, que ó por moda ó por necesidad son frecuentados en el estío por aristocráticos viajeros, suelen tener todo género de alicientes para esparcimiento del ánimo y mengua del bolsillo. Por eso en Baden, en Hombourg, en Mónaco, en Spas y hasta en nuestro risueño puerto de San Sebastian, por si acaso no eran bastante diversion para el enfermo ó para el rumboso viajero á la moda los bailes, las regatas, las carreras de caballos y las músicas de noche, los explotadores del vicio han llevado estos últimos años la ruleta. ¿Quién no ha jugado algunos francos á tal ó cual número, con la esperanza de ver aumentada su fortuna en tan gran proporcion como todo el mundo sabe? Un franco, puesto á un número que se acierte, producirá treinta y cinco francos; y si estos treinta y cinco francos se ponen á otro número, y este otro número tambien es premiado, entónces... multiplíquese treinta y cinco por sí mismo. Tal es la ruleta. Tal es la esperanza del jugador: acertar un rato, nada más que un rato, y... el cuento de la lechera y los pensamientos aquellos del centinela del soneto, son pequeñeces ante lo que el *ruletista* decidido se promete.

¡Lástima grande que todavía no nos haya contado la fama el nombre de ningun feliz mortal enriquecido por la caprichosa bola! Lo único que sabemos de cierto es, que los jugadores suelen suicidarse ó acabar por pedir limosna, mientras que los caballeros particulares que dan vuelta á la rueda é impulso á la bola, ó los capitalistas que allí les colocaron á sueldo, suelen ganar diez ó doce mil duros mensuales en España, donde el número de jugadores es más corto ó ménos rico, ciento ó doscientos mil francos en Francia ó en Italia ó en Alemania, donde las jugadas son más importantes y los jugadores más tenaces.

A pesar de esto, la aficion aumenta de dia en dia, si hemos de juzgar por el aumento que ha sufrido la especulacion en estos últimos años. Es que la sed del oro y la necedad humana se pasean del brazo por Europa, contándose una á otra que cada dia son mayores las necesidades de los que no viven de su trabajo.

II.

Era en Hombourg, bien me acuerdo. Allí era donde solia yo encontrar, en uno de los casinos siempre henchidos de gente que habia ido á gastar en verano las rentas del invierno, á los duques de ***, un matrimonio ruso, de conversacion agradabilísima y excelente trato. Me habia presentado á ellos un diplomático español. Simpatizamos pronto, y todos los dias tomábamos juntos cerveza.

Tambien allí habia ruleta. La concurrencia á la sala de juego era muy numerosa; enormes las cantidades que se atravesaban. El duque solia jugar de cuando en cuando, no por vicio, sino por distraccion. Más de una vez me admiró su imperturbabilidad en la ganancia y su sonrisa de desdén ante la pérdida. Solia poner dos ó tres luises á *negro* ó *colorado*, buscando siempre una série. Entónces pude observar que las *séries* son muy frecuentes en la ruleta. La mitad de los números de la rueda son *negros*, la otra mitad son *colorados*. El jugador que prefiere jugar los colores á jugar los números, no obtiene más ganancia que la cantidad jugada; pero en cambio suele suceder que se den cinco ó seis negros ó encarnados seguidos, y en tal caso la ganancia es casi mayor que la que se puede obtener ganando treinta y cinco por uno. Una tarde que la duquesa tuvo la humorada de arrojar cinco luises al negro, y la paciencia de esperar á ver si los negros se repetian, vió colmados sus deseos. Seis números negros ocupó la bola seguidamente. Cinco luises que hacen diez, diez que hacen veinte, veinte que hacen cuarenta, cuarenta que hacen ochenta, ochenta que hacen ciento sesenta, y ciento sesenta que hacen trescientos veinte.

Trescientos veinte luises. Seis mil cuatrocientos francos obtenidos con cuatro napoleones.

—¡Brillante jugada! le dije á mi amiga.

—En cambio yo he jugado al encarnado, me dijo un polaco que estaba delante de mí, y he perdido doce mil francos en ménos de tres minutos.

Tal es la ley eterna de las cosas de la vida. Unos han de perder para que otros ganen. Es lo que los diplomáticos suelen llamar en política el equilibrio europeo, como si les creyéramos por eso.

La duquesa recogió su montoncito de oro, y nos retiramos del salon. Discurrimos acerca de la inmoralidad del juego (por lo mismo que se acababa de ganar), y mis dos amigos me refirieron una porcion de anecdotas curiosas, referentes todas á jugadas y jugadores. En todas ellas habia horribles detalles, sucesos dolorosos.

—Yo juego muy pocas veces, me dijo el duque, y esas por el gusto de despreciar la fortuna. Tengo la evidencia de que si jugara diariamente me arruinaria, y acabaria por hacer del juego una necesidad, un oficio, un *modus vivendi*; y, creedme: la fortuna no se busca, se encuentra. Jugar para hacer negocio, es una simpleza. Todas las grandes jugadas se han hecho por gentes que, ó no necesitaban el dinero que ganaron, ó se encontraron millonarios cuando ménos lo esperaban, echando al azar unos cuantos francos. Hay además una fatalidad inevitable que pesa sobre todos los jugadores del mundo. Dado que los jugadores puedan ser gente honrada, estad seguro de que siempre gana quien ménos lo merece; y por otra parte, yo he observado...

En tal punto, interrumpió nuestra conferencia un jóven holandés que tomaba cerveza en una mesa próxima á la nuestra. Le conocíamos de vista.

—Perdonadme, señores, nos dijo, si me mezclo en vuestra conversacion; pero un ejemplo que quisiera poneros, probará la verdad de cuanto está diciendo este caballero (y señaló al duque). Es un hecho histórico que todavía recuerda con horror Mr. Blanc, el director de estos juegos. ¿Quereis oir la gran jugada de mi hermano?

Le invitamos á ocupar un asiento á nuestro lado, y comenzó de esta manera:

III.

Rodolfo ocasionó la ruina de nuestra casa. A la muerte de nuestro padre, que era acaso el comerciante más rico del Haya, nos partimos la herencia como buenos hermanos, y cada uno se propuso aumentar lo heredado de la mejor manera posible.

Eramos tres. Rodolfo, que habia seguido la carrera mercantil; Estéban, que era abogado, y yo, que soy médico.

Rodolfo era el mayor; le queríamos como á un padre. La pérdida del nuestro, que tanto sentimos, estaba compensada por el cariño y el respeto que Rodolfo nos merecia. Era tan bueno, tan generoso, tan digno de ser querido, que no habia posibilidad de hallar en él defectos.

Pero Rodolfo habia nacido para ser infeliz y hacer infeliz á cuanto le rodeara.

¿Me podeis explicar en qué consiste eso que en unos pueblos se llama la fatalidad, en otros el sino, en otros la *sombra*, en otros Dios, en otros la *jettatura*, en otros la desgracia, en otros la mala estrella?

Rodolfo emprendió negocios en grande escala, negocios de esos que llaman los comerciantes *claros*, indudables, de ganancia segura. Perdió siempre su dinero. Tres años bastaron para que desapareciera su capital por completo. Se habia hecho armador en el tercer año, y tres grandes barcos de su propiedad que salieron de nuestro puerto con rumbo á las costas de Africa, donde se proponia introducir mercancías de gran resultado, fueron presa de los elementos en alta mar, y perdióse con ellos el resto de aquella que fué grande riqueza cuando mi buen padre abandonó la vida. Era pasajero de uno de los barcos nuestro pobre hermano Estéban, que con morir por seguir los consejos de Rodolfo, yendo á las costas de Guinea en calidad de gerente de nuestra casa, nos dejó, á más de desolados, pobres, supuesto que en aquella gran empresa iba comprometida tambien parte de la herencia suya. Quedaba lo que yo heredé como ellos. Conmovidísimo ante la horrible desgracia de mis hermanos, y viendo á Rodolfo, si no desconsolado porque su carácter era fuerte y sufrido, por lo ménos sin esperanza alguna de mejor suerte, le dije un dia:

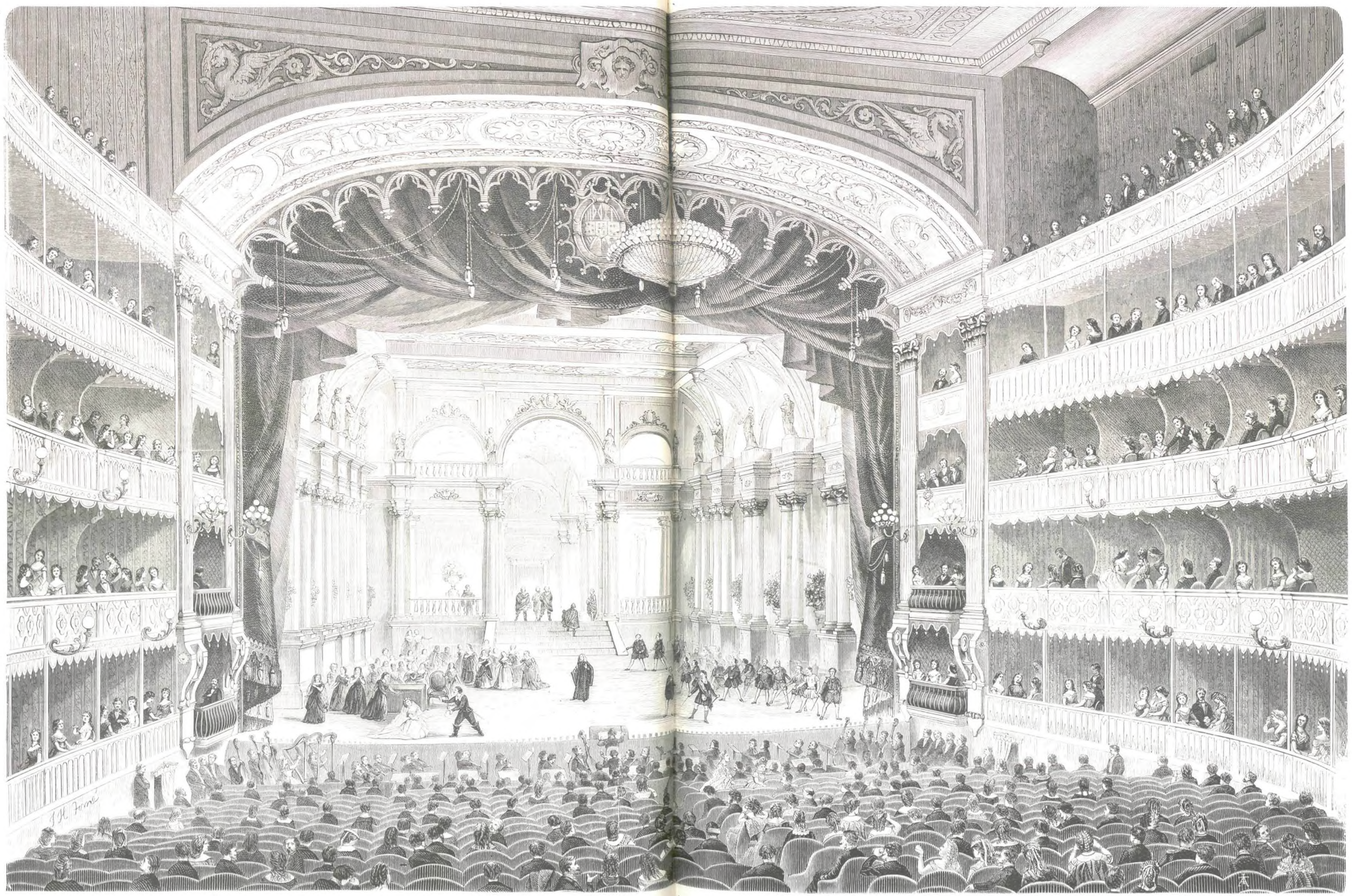
—Rodolfo, se vé claramente que no eres afortunado; pero en mis viajes por España he aprendido un proverbio que dice: Dios mejora sus horas. Tú y yo somos una misma persona. Yo soy médico y no entiendo de negocios, pero tengo intacta mi herencia. ¿La quieres?

—¿Para perderla y arrainarte? dijo mi hermano con una sonrisa de desden.

—Para lo que Dios quiera, le respondí.

Y á los pocos dias la casa *Rembrant hermanos*, que así se llamaba la nuestra, entró en un nuevo período de prosperidad que sorprendió á los comerciantes del Haya.

He dicho que Rodolfo tenia el carácter fuerte. Debo



MADRID.—EL TEATRO NACIONAL DE LA ÓPERA (Dibujo de don F. Tomé, pág. 15).

ificar. Era una naturaleza especial aquella, un peramento raro. Tenia una especie de resistencia va que me admira áun hoy. Le sucedia una desia horrible, y su rostro no se alteraba. Podian de- en un momento dado y cuando ménos lo esperase: Estás arruinado,» y no pestañeaba. Dijéranle:— hermano ha muerto» cuando le creyera en plena d, y apenas se inmutara.

no era que careciese de sentimiento ni de sensilad. Era que desde niño estaba acostumbrado á ir contrariedades. Tenia valor y teson, y queria ar, y luchaba; y la desgracia no le daba un susto ca.

n cambio yo le oido sollozar mil veces en la sole- de la *noche*, *cuando encerrado en su cuarto* y do vueltas en el revuelto lecho, pensaba en su venir, en su hermano muerto, en su hermano vivo: que me queria entrañablemente y temblaba de ier mi caudal, que no queria considerar como o.

omenzó un negocio de licores, y perdió más de la era parte del dinero que yo le habia confiado. Un vecino suyo, pícaro redomado, halló ocasion de ce- le á bajo precio y como buenas un crecido número oipas de curacao que tuvo que malvender precipi- mente. Cuando me contó este fracaso, me dijo:

—Mira; creo que no acertaré en nada de lo que me ponga, porque estoy enamorado.

me contó sus amores.

a posesora de su corazon era una niña angelical gozaba gran fama de virtuosa en el pueblo. Era rfana. Estaba al cuidado de unos parientes lejanos. muy pobre; pero ¿qué importaba? ¿No era mi rmano todavia rico con las dos terceras partes que mi regalada herencia le quedaban?

Al mes de haberme hecho aquella revelacion de su or, conseguí verle casado con su amada. ¡Gozaba tanto con verle dichoso!

os negocios prosperaban. Habia admitido un ge- te muy experto: un hombre lleno de actividad, á en la jóven esposa habia recomendado por ser algo iente suyo. Rodolfo dió á este hombre plenos po- res para que le representase en una gran subasta. uereis creer que el gerente y la esposa virtuosísima yeron del Haya un dia, al amanecer, y fueron á rochar nuestro dinero á New-York?

reedlo, porque es tan cierto como espantoso.

Una sonrisa, sólo una sonrisa, brotó de los labios de pobre hermano. Quiso tener valor, y le tuvo; pero ella horrorosa desgracia fué para él y áun para mi mayor que hasta entónces pesó sobre nosotros.

Rodolfo necesitaba distraer su dolor.

—Cierra el almacen, vende lo que en él queda, luce todo á dinero. Te restan unos cien mil francos toda nuestra herencia. Es preciso que viajes, por- e estás enfermo.

Yo soy médico, y estas palabras le sorprendieron poco.

—¿Estoy enfermo?

—Sí.

—¿De gravedad?

—No.

Y al decirle esto, le engañé. Hacia tiempo que yo vinaba en él todos los síntomas del aneurisma. Po- morir dentro de un mes, dentro de veinte años; ro la enfermedad no tenia remedio. Se resistió á em- nder un viaje, por no tener el desconsuelo de dejar verme. Pero yo le prometí acompañarle. Dejé mis fermos, mi casa, mis afecciones todas, y salimos á orrer la Europa.

Despues de un año de viajes por España é Italia, ancia y Rusia, volvimos á Alemania, y nos detuvi- os aquí donde ahora os refiero esta historia. Aquí en mbourg pasamos una larga temporada. Aquí jugó hermano diferentes veces, y perdió siempre. ¿No bia de perder, si en su vida tuvo la satisfaccion de ertar nada? Era sin embargo notable por su im- rturbabilidad. Perdia miles de francos con una renidad envidiable. Es muy general que á todo ju- dor se le enrojecen gradualmente las orejas; ¿lo beis reparado? Es un detalle cómico de la desespe- cion que se apodera de quien juega, que suelen servar todos los que hacen en estas casas el papel espectadores. Mi hermano no varió nunca de color. palidez habitual no le abandonaba un instante.

Como yo le conocia bien, nunca se me ocurrió de- nerle si ganaba ni retirarle si perdia. Aunque le biese visto ganar diez millones, no le hubiera dicho tirate. Esto le hubiera indignado. Su carácter no mitia consejos ni reprensiones. Era desgraciado, ro esto no era culpa suya. Nadie podia ni debia ha- rle cargos.

Una tarde me dijo, sentado á una de estas mesas:

—¿Qué piensas que hagamos? De toda nuestra herencia, apenas nos quedan veinte mil francos...

—Volveremos al Haya, le dije, y mientras haya mala salud, yo ganaré lo suficiente para vivir.

Y Rodolfo exclamó:

—¡Eramos tan ricos!

Pensó un instante en todas las desgracias de su vida, y una lágrima muda pero elocuente se deslizó por sus mejillas.

Le dejé solo.

Por la noche volvió al hotel extremadamente serio.

Adiviné lo que le pasaba.

—¿Has jugado? le pregunté temblando, porque yo detesto el juego.

—Sí, me respondió.

—¿Cuánto?

—Todo.

—¿Todo?

—Todo.

—Es decir, que estamos ya completamente pobres.

—Mira.

—Y al decir esto, Rodolfo sacó de su bolsillo un luis, y me dijo:

—Esto es todo lo que nos queda en el mundo.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

IV.

La historia que nos referia el jóven holandés nos interesaba en extremo á los duques y á mí. Descansó él un momento, tomó un sorbo de cerveza y continuó:

Pasamos la noche en vela. Rodolfo creyó sin duda que yo dormia, y se desahogó llorando. Yo le oia llorar, y procuraba fingir un sueño de que no disfrutaba. Sabia que mi hermano se levantaria á la mañana siguiente con rostro sereno y procuraria disimular la pena que destrozaba su alma.

Efectivamente: por la mañana temprano se vistió, y me llamó creyendo que yo dormia.

Hicele creer que me despertaba.

—Mira, me dijo; es preciso ver cómo buscamos un poco de dinero para pagar el gasto del hotel y el viaje hasta nuestro pueblo, porque con un luis es imposible disponer nada.

¡Y sonria el pobre al decirme estas palabras!

—Eso es muy fácil, le dije. Aquí hay paisanos nuestros que no pueden sospechar que hemos llegado á tal pobreza: diremos que hemos tenido el capricho de jugar y que hemos perdido. Pediremos prestados quinientos francos... ¿te parece?

—Bueno. Tú harás lo que mejor te parezca.

Y salió.

Hice lo que pensé. Pedí á un comisionista amigo mio los quinientos francos, y vine aquí á buscar á mi hermano.

Le busqué por el salon de lectura, y no estaba. En el restaurant tampoco. Di con él en la sala de juego.

Estaba sentado en un extremo de la mesa, con los codos apoyados en ella y la cara oculta entre las manos. Tenia inclinado el sombrero hácia las cejas. No se le veia el rostro.

—Rodolfo, le dije tocándole en la espalda.

—Duerme, me dijo un jugador. No juega, y hace mucho rato que está así. Sin duda le gusta oir cantar los números sin mirar á nadie: por eso tal vez se ha ocultado la cara entre las manos...

—¿Es amigo de usted?

—Es mi hermano, respondí.

—¡Ah! ya. Lo digo porque si no juega, podia dejar el puesto á otro.

En aquel momento Rodolfo apartó una de sus manos del rostro, sacó del bolsillo el luis que me enseñó la noche anterior, el único luis, EL ÚLTIMO, y lo puso al negro. En seguida volvió á colocarse como estaba con el rostro entre las manos, los codos en la mesa y el sombrero sobre los ojos.

—¡El 6 *negro!* gritó el banquero que hacia rodar la bola.

Ya tenia dos luises mi pobre Rodolfo. Siguió en la misma postura. Yo me fui al otro extremo de la mesa para contemplarle.

—¡El 10 *negro!* gritó el banquero en seguida.

—¡Cuatro luises! pensé yo.

Y mi hermano ni levantó la cabeza. ¡Era esto tan propio de su carácter!

—¡El 24 *negro!* se oyó entónces.

Y á los pocos instantes rodó la bola, y gritaron:

—¡El 35 *negro!*

Los jugadores comenzaron á reparar en aquel hombre que de tan grande calma daba muestras.

Yo pedia á Dios que los *negros* continuaran.

—¡El 15 *negro!* oí al momento.

Y ántes de que pudiera alegrarme:

—¡El 17 *negro!*

¡Qué admirable teson el de Rodolfo! Ni levantó los ojos; y sin embargo, ya atraia algunas miradas aquel montoncillo de oro que en la casilla del negro habia.

—¡El 2 *negro!* gritó el banquero.

Y pagó en seguida, mirando alarmado hácia donde Rodolfo estaba.

A los dos segundos la bola rodaba; la impaciencia mia era grande.

—¡El 22 *negro!* oí gritar, y respiré. Eran cerca de seis mil francos los que el mísero luis producia; ¿pero y si ahora, como es lo más probable, la bola cae en número encarnado?

—¡El 33 *negro!* resonó en la sala.

Y se dobló el montoncillo.

Tuve un movimiento nervioso. Quise ir al lado de Rodolfo y decirle: —¡Vámonos! Pero tuve miedo de contrariarle.

Casi todos los jugadores le miraban, y él ¡oh admirable entereza! sin levantar los ojos siquiera.

—¡El 31 *negro!* gritó esta vez el banquero con rabia.

Hubo una exclamacion de sorpresa.

La bola corria con una rapidez pasmosa. El banquero estaba febril.

—¡El 26 *negro!* dijo al momento, y se puso encendido, pero pagó religiosamente.

Yo llegué ya á creer que era imposible que viniera un encarnado. Tenian mis ojos algo de magnetismo. La bola estaba á mis órdenes. ¡Qué felicidad! Todas las desgracias de mi pobre Rodolfo iban á ser compensadas si seguia jugando y ganando..

Me asusté. Un inglés jugó ocho mil francos al colorado... y creí que tenia razon, porque era muy probable...

—¡El 6 *negro!* gritaron.

Nueva exclamacion de sorpresa. Ya no habia dinero con qué pagar. El banquero se retiró. Algunos jugadores se levantaron. Nuevos banqueros con nuevo capital se sentaron, llenos de esperanza en que si Rodolfo seguia jugando, un encarnado vendria muy pronto... ¡locura! tiraron los nuevos banqueros: rodó la bola: cayó en el 4.

—¡El 4 *negro!* gritó el banquero recien llegado, y se oyó un grito en la sala, y mi hermano no levantaba la cabeza, y yo era feliz, porque todas las desgracias de su vida desaparecian ante aquella inmensa riqueza, porque el banquero volvió á tirar y pronunció el 20 *negro!* y ya no hubo dinero tampoco, y el asombro creció, y la gente rodeó á mi hermano, que ya era dueño de seiscientos cincuenta y cinco mil trescientos sesenta francos (pues yo llevaba la cuenta con un lápiz); y entónces, de pronto, como si me hubiera herido un rayo, me hirió una sospecha.

Corrí como un loco hácia mi hermano.

—¡Rodolfo! le grité.

Y no me respondió. Le empujé violentamente, le alcé la cabeza... la concurrencia dió un grito horrible...

Rodolfo estaba muerto.

. . . . . .

ERNESTO BLASCO.

LA MAJA DEL BALCON.

(CUADRO DE DON DIÓSCORO PUEBLA.)

Consecuentes con nuestro deseo de dar á luz en las columnas de LA ILUSTRACION las más bellas obras de nuestros pintores contemporáneos, áun cuando no hayan figurado por circunstancias especiales en la última Exposicion, reproducimos hoy el precioso cuadro de Puebla que se halla expuesto en Lóndres, cautivando la atencion de los amantes de la pintura española. Figura un baile de candil de principios de este siglo, en el que segun las costumbres de la época se cuidaban, más que del lujo interior del sarao, de echar la fiesta por la ventana. Una hermosa Maja comparte la atencion entre lo que hay por dentro y lo que aguarda por fuera: los bailarines se deshacen en el interior de la sala alumbrados por la luz devota de una imágen, y todo allí, color, tipos, arquitectura, recuerdan los célebres caprichos del incomparable Goya.

Interin publicamos el bello lienzo de *Las Hijas del Cid*, del mismo autor, que acaba de ser tan favorablemente juzgado en los salones de la Fuente Castellana, sirva el dibujo de hoy para aumentar la galería de nuestros cuadros con una obra del distinguido colorista y dibujante Dióscoro Puebla.

CONJUGACION DEL VERBO «BUSCÁRSELA.»

La conjugacion del tiempo de un verbo suele ser á veces la síntésis de una época de la vida del individuo, y hasta en ocasiones determinadas, de la vida de la humanidad.

El niño encuentra resumidas todas sus aspiraciones en: *Yo juego*; pero su felicidad se vé mortificada con escuchar el terrible, el fatídico: *estudia, trabaja*.

Una muñeca seria para una niña el *non plus ultra* de la dicha, si no se conocieran los verbos: *coser, bordar, leer, escribir*, etc.

Los jóvenes de uno y otro sexo á los quince años de edad, conjugan el verbo amar en futuro: á los veinte dicen: *yo amo*; á los treinta yo he amado, y de cuarenta en adelante, yo amaria: con sólo oir estos tiempos de este verbo, basta para conocer cuál es la situacion de la persona que los conjuga.

Nosotros vamos ahora á ocuparnos tan sólo en la conjugacion del verbo *Buscársela*, exponiendo los diversos tiempos en que una buena parte de la humanidad hace uso de tan importante verbo.

Todos conocemos hombres cuya existencia, áun para los que con mayor intimidad les tratan, es un impenetrable misterio. Visten como príncipes, comen como capitalistas, y pasan la vida de fiesta en fiesta, cual si fueran poseedores de grandes riquezas. Viajan el verano por países frescos, donde alternan con las personas más acaudaladas de diferentes naciones; y el invierno ni el frio les mortifica, porque viven en casas perfectamente preparadas para librarse de los rigores de la estacion, ni se manchan nunca las botas de lodo, gracias á los buenos y cómodos carruajes de que se sirven.

El sastre viste con más puntualidad que á nadie, á estos séres misteriosos que todo el mundo conoce, habla, saluda y sonrie: el fondista les guarda los más delicados manjares de su establecimiento: el sombrerero y zapatero les sirven con la mayor exactitud: el joyero les manda por quincenas un catálogo de las alhajas que recibe de Paris y Lóndres: ¡hasta el casero los atiende y considera!... Por último, el bello sexo les dirige furtivas miradas, y al pasar tal cual dama cerca de ellos, levanta con coquetería su magnífico vestido de gró de Paris para dejarles ver un pequeñísimo pié, que causaria envidia áun á la más aristocrática china.

Preguntad á estos personajes que ni son condes, banqueros, propietarios, comerciantes, abogados, médicos, farmacéuticos, ingenieros ni empleados, ¿de qué viven? y os contestarán con el mayor aplomo:

—Amigo mio: *yo me la busco*.

Formando contraste con estos séres de vida misteriosa, hallaremos otros que respirando en una esfera de goces y placeres, disfrutan pingües fortunas.

Figuraos un banquero que empezó *honradamente* su vida midiendo varas de lienzo en la calle de Postas; pero que andando el tiempo, como vulgarmente se dice, y utilizando quizás medios que la moral rechaza, consiguió con ciertas contratas con el gobierno hacer una inmensa fortuna, ya en los hospitales donde se cercenaba la racion á los enfermos, ya en los presidios escatimando el sustento á los penados ó dándosele de pésima calidad, ó bien en las obras públicas suponiendo jornaleros que no existian, ú obras que nunca se hicieron. Preguntad á este afortunado: ¿cuál es el origen de vuestra riqueza? y os contestará con cínico desden, si sois pobre:

—Amigo: *yo me la he buscado*.

En seguida os saldrá al encuentro uno de esos holgazanes sin oficio ni beneficio, verdaderas plantas parásitas en la sociedad, que con escándalo de la ley de vagos pasan la vida como los perros vagabundos sin casa ni hogar; especie de títulos de deuda sin interés que nadie cotiza, porque duda que lleguen á tener algun valor; despreciables coquetas del género masculino que se moririan de sed, si tuvieran que ganar el cuarto con que pagar el vaso de agua que refrescara sus labios; hombres con garras de tigre para apoderarse de una dote ó una herencia que destrozar, y manos de estopa para manejar cualquier instrumento en un trabajo honroso. Nuestro héroe ha conseguido, por cualquier medio, hacer un casamiento ventajoso que le proporciona un magnífico palacio lujosamente amueblado, numerosa servidumbre, los mejores caballos y carruajes que se ha encontrado en el extranjero. Sus amigos tienen siempre asiento á su espléndida mesa; y como apenas se concibe una vida *comme il faut* sin siquiera una querida, nuestro héroe sitia á una cantante ó bailarina, que son, si no las plazas más fuertes, si las más *costosas* de conquistar, y abierto siempre su bolsillo para llevar á cabo tan arriesgadas empresas, emplea en ellas una buena parte del dinero de su mujer.

A nuestro protagonista le es igual que su esposa sea tuerta ó con buenos ojos, jorobada ó esbelta, morena ó rubia, alta ó baja, delgada como sardina ó gruesa como un tonel, tonta ó discreta: lo único que necesita es que sea rica.

El matrimonio es para nuestro héroe una especie de sociedad anónima en que uno pone el capital y otro la industria; por lo mismo, le importa poco que ese capital le represente una negra de Angola ó una guacamaya con faldas: lo cierto, lo positivo es, que al convidar á sus amigos con una opípara mesa: al cruzar las calles en un lujoso y cómodo carruaje: al oir la ópera desde un palco bajo ó platea, y por último, al vivir y gozar como un príncipe, poder exclamar con aire de satisfecho ante los admiradores de tanta fortuna: *¡Yo me la busqué!...*

En este mismo tiempo conjugan el verbo *buscársela* una porcion de hombres políticos, cuyas injustificadas posiciones oficiales á nadie asombran más que á ellos por la conciencia que tienen de que no las merecen, y porque saben los medios de que se han valido para obtenerlas.

Así se vé con frecuencia que un hombre tan ignorante como osado, y tan osado como falto de pudor político, que ha conseguido una elevadísima posicion oficial, cubrir su podrido corazon con grandes cruces, adornar su plebeya persona con un aristocrático título de conde ó marqués, y lo que es más escandaloso aún, convertirse de pobre en millonario, de proletario en propietario, con palacios lujosamente alhajados, con cómodos y muelles carruajes, contestar con cínica sonrisa á los que asombrados le preguntan la causa de tan radical y absoluta trasformacion: *Yo me la busqué...*

Otros cabizbajos, macilentos, taciturnos y cariacontecidos, llegan á una edad en que ha huido de ellos la mayor parte de ciertas aspiraciones que halagaron sus mejores dias.

Estos desgraciados vieron pasar el tiempo alegremente sin curarse de que no volvia, y por consiguiente, que llegaria una época en que, como no habian sembrado, nada podrian recolectar.

De funcion en funcion, de fiesta en fiesta, era para ellos el mundo una especie de paraiso, donde todo seria goces y diversion. Enamorados *trashumantes*, amaban con pasion á cuantas veian, y elegian como señora de sus pensamientos á la última á quien hablaban.

¡Estudiar! ¡Seguir una carrera, dedicarse á una industria, un arte, ó una ciencia!... Esto, decian, es una invencion de esos modernos filosofastros que tienen la ridícula pretension de santificar el trabajo; pues si la opinion de esta gente se funda en aquello de que *la ociosidad es madre de los vicios*, y más aún en las santas palabras: *ganarás el pan con el sudor de tu rostro*, estas son ya antiguallas, y un hombre de talento ha dicho: *el trabajar es de burros...*

Pero como decíamos ántes, los años pasan, y con ellos vienen los desengaños: el deseo de goces y comodidades que proporciona la industria; el de figurar en la sociedad con un nombre, una reputacion ó una fortuna, y al ver nuestros héroes que á la vejez, ó muy cerca de ella, son ignorantes, nulos y pobres, comienzan á suspirar y lamentarse de su situacion, y entre jeremiadas de que nadie hace caso, exclama cada uno en la soledad de su chiribitil: *¡Si yo me la hubiera buscado!...*

Pero la ocasion en que la conjugacion del verbo *buscársela* tiene un sentido radical y concreto, es aquella en que el padre laborioso y económico, el amigo industrial y el hermano activo y emprendedor, se dirigen al holgazan acostumbrado á vivir de gorra, y con tono enérgico, breve y compendioso, le dicen: *¡Búscatela!...*

Y no es sólo el sexo feo quien, como acabamos de ver, se dedica á conjugar el verbo *buscársela*: una buena parte del bello se emplea tambien, con gran detrimento del aprecio y consideracion á que debe aspirar en el mundo, en la conjugacion de los principales tiempos del verbo que nos dá motivo á escribir este articulejo.

Niñas de nacarada tez, sonrosada mejilla, ojos chispeantes, blondo cabello, dentadura de marfil, cuello de cisne, cintura más flexible que la palmera, tesoros de gracias y coquetería, á cuyo lado pian los pollos, cacarean los gallos y pierden el juicio encanecidos Matusalenes, que se sienten rejuvenecer con sólo la magnética mirada de tan encantadoras criaturas, vagan por el mundo á manera de pintadas y alegres mariposas, diciendo cada una para sus adentros, y áun repitiéndoselo á quien le interpela: *Yo me la busco...*

No es muy difícil prever el término de estas heroinas de un dia, flores que nacen, se marchitan y mueren con el sol; gotas de rocío que disuelve el más imperceptible soplo, bocas bañadas de risa por la mañana y de llanto por la noche, cuerpos sin alma que por un instante de dicha reciben una eternidad de dolor, angustia y remordimiento, si reconociendo á tiempo sus errores no acuden al trabajo con que formarse un pequeño patrimonio, para que cuando se empañen sus alabastrinos dientes, se arrugue su delicada tez, blanquee su blonda cabellera, engruese su esbelta cintura, y no quede una tan sola de sus ántes elogiadas gracias, pueda decir cada una: *¡Ya me la busqué!...*

En este tiempo conjugan tambien el verbo *buscársela*, algunas que por cualquier camino han llegado á una buena posicion social, aunque no sea justificable á los ojos de la moral. Pero el mundo, que en muchas ocasiones le sucede lo que á los payos en las comedias de magia, que admiran los cambios y transformaciones escénicas, sin cuidarse de la mano del tramoyista que las prepara y ejecuta, cuando vé á una mujer jóven, hermosa y elegante, recostada en magnífico carruaje ó en un palco del teatro, *admite el hecho*, y no se mete á averiguar si es una acaudalada señora, ó la manceba de algun apócrifo personaje, la cual, mirando de reojo á cuantas pasan á su lado, dice: *¡Yo me la busqué!...*

De la misma manera suele expresarse la niña de mediana posicion social, pero que con ínfulas de condesa consigue casarse con algun respetable Matusalen de blanca cabellera, que compra la mano que no puede conquistar.

En estos matrimonios, llamados por las niñas que los hacen: *negocio redondo*, no existe armonía entre los contrayentes ni por la edad, ni por las costumbres, gustos, inclinaciones, placeres y hábitos de vida, ni por otra porcion de cosas que constituyen las verdaderas ruedas de una máquina, que si ha de marchar bien es preciso que cada una de ellas esté muy en su lugar, y guarden todas entre sí la más exacta, precisa y armónica relacion; pero la niña dirige una mirada á su inmenso guarda-ropa, lleno de riquísimos y lujosos vestidos; otra á su magnífico joyero; otra á sus carruajes y caballos, y ántes de que su vista se fije en la *estantigua* de su marido, piensa en un brillante porvenir de teatros, bailes y viajes, y entónces, olvidando lo que será un esposo que puede por su edad ser su abuelo, por sus achaques un hospital ambulante, y por lo ridículo de su figura un *Quasimodo*, exclama mirándose al espejo en el momento que llega la modista: *¡Ya me la he buscado!...*

La modista que escucha esta frase es todo una señora, mecida en *muy buena cuna*, y envuelta en *buenos pañales*; pero por las vicisitudes de los tiempos, y porque hubo una época en que creyendo ella que la mujer no tiene otra carrera que casarse, fueron tales sus aspiraciones, que no halló dignos de su ldan-

ca mano á un teniente de la Guardia Real, ni á un empleado en la paja y utensilios con doce mil reales de sueldo y manos puercas, ni tampoco á un cirujano comadron con muy buena parroquia, y una tia que le dejaba á su muerte la hacienda que tenia en Galapagar.

Pero ya se vé: por aquello de que el hombre propone y Dios dispone, nuestra modista se quedó para vestir imágenes, sin otros recursos que algunas arrugas que empezaban á asomar en sus mejillas, unas imprudentes canas, un galguito inglés, su inseparable compañero, y un altiler con el retrato de un hermano de un conde á quien amó fiernamente, y que á haber muerto el susodicho conde y sus siete hijos, hubiese aquél heredado el título; mas el ingrato no la hizo caso y se casó con otra, desde cuyo momento no cesaba de exclamar la desventurada modista: *¡Si yo me la hubiera buscado!...*

Ya me la buscaré si me la buscaria, dice por último una apergaminada solterona, que vé pasar el tiempo sin que para ella pase nadie que la diga una sola palabra de matrimonio: tan desesperada situacion pone á prueba la paciencia, y sobre todo, el amor propio de esta mujer, que al llegar á cierta edad sin novio, se considera víctima de la mayor calamidad que la ha podido sobrevenir, no tanto por no casarse, como porque se sepa que si no lo ha hecho, ha sido porque no ha querido: en este caso no es difícil que saliendo de *estampia* exclame: *¡Yo me la buscaré!* y se case con el primero que tope...

De lo expuesto se deduce, que una buena parte de la humanidad se dedica á conjugar el verbo *buscársela*...

Nosotros, al publicar este articulejo, no combatimos la conjugacion de tan importante verbo, sino la manera de hacerlo por muchas personas que reflejan en ellas el estado moral y religioso de una sociedad, que no sólo las tolera, sino que hasta las aplaude y envalentona con su criminal indiferencia...

EL BARON DE ILLESCAS.

MADRID.—Los nuevos mandaderos públicos (pág. 15).

EL PALACIO DE SANDRINGHAM.

En esta página aparece una hermosa vista, copia de fotografía, del magnífico palacio (*Sandringham-House*) donde reside habitualmente el príncipe de Gales.

Está enclavado en la parte occidental del condado de Norfolk, no léjos de Wolserton, estacion de una via férrea, y su situacion no puede ser más pintoresca en medio de campiña deliciosa, rodeada de frondosos bosques.

Hasta hace pocos años, el castillo de Sandringham estaba casi abandonado de sus dueños, y contábase en el país una lúgubre conseja acerca de la bella morada; mas el heredero del trono de la Gran Bretaña hizo proposiciones á Monsieur Cowper-Temple, propietario de Sandringham, y compróle el palacio en Mayo de 1862.

Desde entónces, pareció que Sandringham renacia, como el fé-

INGLATERRA.—Vista exterior de Sandringham-House, residencia del príncipe de Gales.

nix, de sus mismas cenizas, y á los antiguos pardos murallones adornados con verde hiedra, reemplazaron bien pronto construcciones bellísimas y hasta de utilidad pública.

Hizo el príncipe restaurar el palacio, construir nuevamente la vieja iglesia, plantar jardines, abrir anchas calles y calzadas, y terminó su obra fundando una escuela para niños de ambos sexos, donde reciben educacion esmerada los hijos de los habitantes de las cercanías.

Los trabajos quedaron concluidos en el verano de 1870; y algunas semanas despues, en el dia aniversario del nacimiento del príncipe, éste celebró la inauguracion de la ya régia vivienda con un espléndido banquete, ofrecido á los más ilustres representantes de la vieja aristocracia inglesa.

Sandringham-House, donde enfermó de gravedad el augusto jóven, ya por fortuna convaleciente, es hoy dia una actualidad notable, que debe ser consignada en el álbum artístico de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.

PÉRDIDA

DE UNA ESCUADRA BALLENERA EN EL OCÉANO ÁRTICO.

En el mes de Setiembre último, ha ocurrido en el mar del Norte uno de esos desastres marítimos que con tanta frecuencia, por desgracia, se repiten casi todos los años, aunque en menor escala, y de los cuales son víctimas los buques norte-americanos que se dedican á la pesca de los grandes cetáceos.

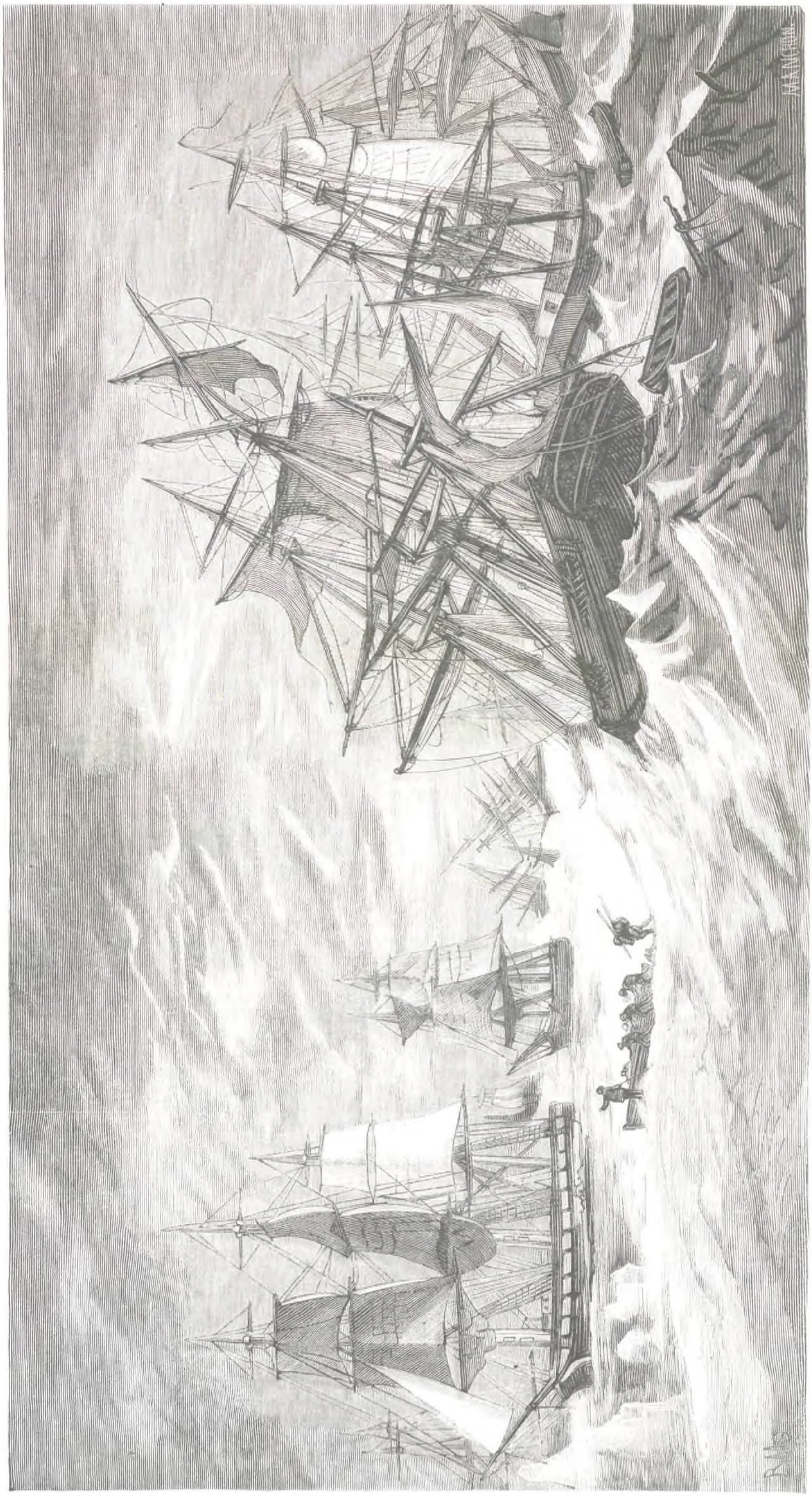
Mas de treinta embarcaciones de regular porte, y un sin número de botes y canoas del servicio de cada una de ellas, sorprendidos en el Océano ártico por avalanchas enormes, que empujaba y arrastraba por las aguas un viento impetuoso del Nordeste, han sido destruidas ó encerradas entre grandes montañas de hielo.

A principios de Mayo, los atrevidos buques balleneros á que nos referimos, tropezaron con los primeros témpanos al llegar felizmente al Sud del cabo Thadeus; á mediados de Junio pudieron, sin embargo, doblar el cabo Navarino, y áun cruzar más tarde, hácia mediados del mes, por el estrecho de Bhering, guiados por las goletas *Oriole* y *Japan*, veleras y de pequeño calado, que estaban tripuladas por marinos inteligentes y expertos.

Ningun suceso grave les aconteció durante el mes de Julio y primera quincena de Agosto, tiempo suficiente para que arribaran con felicidad á la punta de Belcher.

Pero desde entónces cambió la escena.

Montañas enormes de hielo empezaron á flotar en torno de los buques, y la marcha de éstos era interrumpida á cada momento, no obstante la pericia de que dieron señaladas pruebas los valientes capitanes y tripulantes para huir de los peligros, y vencer las dificultades que se oponian á su intento.



OCÉANO ÁRTICO.—Destruccion de una escuadra ballenera por los hielos.

Pero todo fué inútil, y bien pronto hubo que lamentar dolorosos siniestros.

El dia 1.º de Setiembre, la goleta *Roman* encalló con violencia entre dos grandes masas de hielo, y su quilla se partió en dos pedazos; el 2 del mismo mes sufrió igual percance el brick *Cornet*: el 8 fué totalmente destruida, casi sepultada entre los enormes témpanos, la barca *Awashonto*.

Hallábanse á tres millas al Sud Wainwright Yulet; pero no era posible volver atrás, porque las corrientes del estrecho de Bhering, que arrastraban tambien enormes pedazos de hielo, ofrecian tal vez mayores peligros.

Y de la misma manera se fueron perdiendo hasta treinta y tres buques de la expedicion, los cuales quedaron como incrustados en las heladas hondas del Océano, del modo que representa nuestra lámina de la página anterior, copia exacta de un croquis remitido á Nueva-York por el capitan de uno de los buques balleneros.

En 15 de Setiembre se celebró una junta de capitanes para resolver lo que fuera más conveniente, en la situacion crítica en que se encontraba la escuadra, y se decidió que siete buques, los únicos que áun permanecian flotantes, diesen la vuelta á los Estados-Unidos, arrostrando los peligros de una navegacion tan larga y difícil, con el objeto de reclamar socorros.

Mientras tanto, las tripulaciones de los barcos encallados esperarian en éstos la llegada de los auxilios que necesitaban.

Así se hizo, en efecto, y cinco navíos de la expedicion acaban de llegar á América, portadores de la triste nueva.

Las pérdidas son inmensas, aunque todavía se abrigaba esperanza de poner á flote la mayor parte de aquellos.

EL ESPÍRITU DEL SIGLO.

NOVELA DE COSTUMBRES CONTEMPORÁNEAS,

original

DE D. RAMON DE NAVARRETE.

CARTA PRIMERA.

CÁRLOS Á MARCELO.

Madrid 6 de Octubre de 186..

. . . . . Despues de pensarlo mucho, he tomado una grave, una irrevocable resolucion.

Tengo treinta años y treinta mil duros de capital, reunidos con un trabajo duro, incesante, penoso, que ha robado la sávia á mi juventud; que ha secado mi corazon; que ha materializado mi espíritu; que ha agostado mi inteligencia. Sí; ese oro es el producto de mis estudios, de mis vigilias, de mis insomnios; es la quinta esencia de mi talento, consumido en colosales esfuerzos. Ese oro es tambien el resultado de mis economías, de mis privaciones, de mis angustias, de mis humillaciones, de mis lágrimas!—Él representa folletines, dramas, novelas, hasta zarzuelas... todo lo que en este desgraciado país tiene necesidad de hacer el pobre escritor para no morirse de hambre.—En Francia, en Inglaterra ó en Alemania, vive bien y se enriquece el hombre que, medianamente dotado por la naturaleza, se dedica á cultivar cualquiera de los diversos ramos de la literatura. En España, Marcelo, el teatro sólo no basta para dar de comer al autor dramático: la prensa periódica facilita cuando mucho el almuerzo; de modo que para tener casa y vestido necesita el infeliz literato abarcar cuanto puede. Aquí lo somos todo á la vez: poetas, críticos y novelistas; aquí el que sólo tiene una cuerda en su arco, ó se ahorca con ella, ó se mete á empleado. Así vemos marchitarse y morir inteligencias tan elevadas; así asistimos con frecuencia al doloroso, al repugnante espectáculo de talentos envilecidos, que han comenzado asombrando al mundo con creaciones gigantescas, y han concluido su triste carrera escribiendo zarzuelas y sainetes.

Algo de eso hay en mi historia: si no he sido un genio ni un grande hombre; si no soy Cervantes ni Lope de Vega, el cielo me otorgó grandes y poderosas facultades, nobles y altas aspiraciones. Mis primeros versos fueron leidos áun al lado de los de Espronceda y de Zorrilla: mis primeras concepciones tenian una lozanía y una espontaneidad que hasta mis enemigos admiraban; mi primer triunfo dramático recordó *El Trovador*, y á García Gutierrez.—¡Ay! ¡Fueron aquellos los dias más venturosos de mi existencia!—¡Llegué, ví y vencí! ¿No podia creerme tambien César, el César de la literatura y del arte?

Venir á Madrid desde el fondo de una oscura provincia de Extremadura, pobre, desconocido, humilde, desconfiado, y ser á los tres meses aplaudido, coronado en el primer coliseo de España! ¡Y eso á los diez y ocho años! ¡Y eso junto á todas las glorias y á todas las notabilidades de la época! ¡Y eso en un teatro que entónces se llamaba Español!

¿Es extraño que durante algun tiempo se me alterase el juicio: que embriagado, loco, delirante, me creyese omnipotente é inmortal?—Pronto recobré la razon, porque disipados en banquetes y en orgías los ocho mil reales que me produjo mi obra, empecé á sentir los rigores del hambre y del frio.—La patrona me arrojó inhumanamente de su casa, porque la debia dos meses y no poseia un solo real con que pagarla: el sastre, que tambien tenia bastantes créditos contra mí, se negaba á aumentar la deuda. Como la cigarra de la fábula, no habia hecho provisiones para el invierno; y aunque todos los teatros me pedian alguna produccion, no poseia siquiera lo indispensable para comprar el papel, la pluma y la tinta con que escribirla. En esta situacion desesperada, el director de un periódico me ofreció un rincon y un pedazo de pan en su diario: acepté uno y otro, y entré á desempeñar las funciones de gacetillero, con veinte duros al mes.

¡La caida era grande, era inmensa, era terrible!—Empero una idea generosa me animaba.—«Cuando haya podido terminar otro drama,—me decia á mí mismo mientras esgrimia las tijeras, símbolo y enseña de mi nuevo oficio,—abandonaré esta odiosa ocupacion.

Trabajando noche y dia, no tardé en dar á la escena mi segunda obra; pero escrita de prisa, sin plan y sin conciencia, distó mucho de tener el éxito de la primera: en una palabra, fué silbada, y no me sacó de mis apuros. ¡Con qué energía, con qué furor, volví entónces á mis tareas! Sin dejar la gacetilla, escribí á la par críticas y novelas para el folletin; di comedias y zarzuelas alternativamente á los coliseos del Príncipe y de la calle de Jovellanos; publiqué poesías y sátiras; en fin, salí de la pobreza y obtuve la abundancia.

Pero así como habian perdido mis obras la inmaculada pureza de los primeros ensayos, así la adversidad y la miseria cambiaron tambien las tendencias de mi carácter. Pródigo y generoso ántes, me hice avaro é interesado; trabajaba para atesorar y no para gozar; mi casa y mi traje eran tan humildes, ó más humildes quizás que en mis peores épocas: todo mi afan, toda mi ambicion consistian en reunir esa miserable cantidad de treinta mil duros que ahora poseo, y con la cual soy más pobre que en los dias de mi desvalimiento y de mi angustia. Entónces tenia la fuerza y el vigor que he gastado en mis esfuerzos y en mi trabajo de doce años: entónces mi inteligencia no estaba fatigada ni rendida; entónces, por último, no conocia la existencia dulce y grata que há poco he comenzado á gustar.

¡Tú fuiste, Marcelo, quien, con el mejor deseo, me lanzaste á una sociedad brillante y fastuosa que yo no conocia sino de oidas! ¡Tú fuiste quien, movido del cariño que me profesas, me introdujiste en los salones del gran mundo, me presentaste á las mujeres más bellas y á los personajes más ilustres! Al principio me asusté del lujo, de la magnificencia que veia en torno mio, y quedé estático, deslumbrado, ciego. Despues, como á Eva, me pareció delicioso el sabor de aquella manzana que me habias hecho morder. Avergonzado de hallarme peor vestido que los *lionces* y los *pollos* que me rodeaban, quise competir con ellos en boato y en elegancia, y renunciando á mis hábitos de sórdida economía, de la noche á la mañana me transformé en *dandy* y en *fashionable*. ¡Qué sorpresa me causó el grito de admiracion que te produjo mi metamorfósis!

—¡Cárlos, exclamaste, estás completamente cambiado! ¡Todas las mujeres se van á enamorar de tí!

Hasta aquel momento no me habia ocurrido que yo pudiese ser bonito ó feo. Hombre todo de imaginacion, los atractivos personales me causaban profundo desden. Habia aspirado primero á la gloria: despues al dinero:—la hermosura física no habia llamado nunca mi atencion. Tenia enfrente un espejo; me contemplé en él, y me sonreí con satisfaccion.

Perdona este rasgo de vanidad, Marcelo mio; pero los demás hombres me parecieron inferiores á mí por su porte, por su gracia, por su apostura varonil!

Semejante idea me comunicó un aplomo, una seguridad que no habria tenido nunca quizás sin ella. Entré, pues, en el baile de la duquesa del Arco, no como un conquistador, como un vencedor. Mi nombre, mi reputacion, mi figura hicieron sin duda efecto, porque desde aquella noche, bien lo sabes, desde aquel momento me puse lo que se llama en moda. Todo el mundo se disputaba la honra de serme presentado; las señoras más encopetadas me pedian versos para sus álbums: las jóvenes más lindas se admiraban de que no bailase; en diez minutos recibí veinte convites para otros tantos banquetes y fiestas; en una palabra, salí de allí relacionado con lo mejor de la alta sociedad de Madrid.

Mi triunfo me halagó infinitamente primero; pero me alarmó mucho despues.—¿Cómo iba yo á poder alternar con aquellos personajes opulentos que solicitaban mi amistad, que me invitaban á comer, á almorzar en sus palacios? ¿Qué tiempo me dejarian para entregarme á mis imperiosas ocupaciones? ¿Qué iba á ser de mi trabajo constante, asiduo, interrumpido? Pero la lucha duró breve rato: lo agradable dominó á lo útil: la razon fué vencida por el sofisma.

—¡Bah! Me dije.—¡No son incompatibles las dos cosas!

Y corrí como un loco á los festines: y llevé á mis labios la copa seductora de los placeres: y me embriagué en aquella atmósfera de fausto, de opulencia, de disipacion.

Poco á poco fui perdiendo mis hábitos antiguos de laboriosidad: uno despues de otro fui rompiendo todos los compromisos que me ligaban con las empresas y con los teatros: quedé libre, pues, de toda traba, y mirando hácia atrás con disgusto, dirigí al porvenir una mirada llena de orgullo y de satisfaccion.

—Soy jóven, soy ilustre por mi talento, y además... soy rico.

¡Rico! Me consideraba rico porque poseia los treinta mil duros que hoy me parecen una miseria y una burla!! En efecto: ¿no soy pobre de solemnidad al lado de esos Cresos y de esos magnates que tienen de renta el doble de mi capital?

Al principio subordiné mis gastos á mis medios, y limité mis necesidades á mis recursos. Pero ¡cuánto padecia al verme obligado á echar cálculos y á hacer economías! ¡Cuánto admiraba tu estóica resignacion que te condenaba á tí, ilustre y poderoso un dia, á tí, favorecido con todos los dones de la naturaleza, á hacer una vida modesta y casi retirada! Sí, Marcelo: comprendia tu virtud, y no lograba imitarla.—Muchas veces me propuse tomarte por modelo, reflexionando que si bien no desempeñas un gran papel en el mundo, eres considerado en él por tus buenas prendas y distinguidas circunstancias.

—Él vive decentemente,—me decia mi ángel bueno,—con veinticuatro mil reales, á lo cual ha quedado reducido su ántes pingüe patrimonio. ¿Por qué no has de poder vivir tú con treinta mil?

Pero el demonio del orgullo y del lujo gritaba en seguida en mi oido:

—Sí; pero él pertenece á una aristocrática y distinguida familia, y tú eres hijo del pobre sacristan de un pueblo: él puede levantar algun dia su casa, y tú

necesitas ennoblecerte y asegurarte en ese círculo donde ahora vives, y que te expulsará ignominiosamente de su seno si no consolidas tu posicion, si no consigues ser pronto rico!

¡Ay, Marcelo! ¡Hé ahí el motivo de mis secretas tristezas, de que tú te sorprendias tanto! ¿Por qué no te lo confié entónces? ¡Quizás me habrias salvado con tus sanos consejos, con el influjo de tu elocuente palabra y de tu sincero cariño! Pero yo te tenia: eras la representacion de mi implacable conciencia, que no callaba un instante, que me decia con voz terrible y elocuente:

—¡Si no te detienes, eres perdido!

Y no me detuve, y lo estoy.

(Se continuará.)

MADRID.—EL TEATRO NACIONAL DE LA ÓPERA.

No hay para qué hacer la historia, puesto que es bien conocida, del teatro Nacional de la Ópera, suntuoso edificio construido en el solar que antiguamente ocupaba el viejo coliseo de los Caños del Peral, en la plaza de Oriente.

Comenzáronse las obras en 1841, mas fueron suspendidas luégo por espacio de largos años, hasta que en 1852 el ilustre conde de San Luis, á la sazon ministro de la Gobernacion del reino, expidió una real órden que mandaba terminantemente la conclusion de aquellas.

Cinco meses despues, el lujoso coliseo estaba terminado por completo, y pudo inaugurarse solemnemente la noche del 19 de Noviembre, aniversario del nacimiento de la señora que entónces ocupaba el trono de España, con la preciosa ópera del malogrado Donizetti, *Favorita*.

Es de ver el teatro de la Ópera en una de esas noches en que se da cita para aquel lugar la sociedad elegante, el *beau monde* de la corte.

El ancho salon del teatro aparece lleno de una concurrencia de lo más escogido de la corte: SS. MM. ocupan el palco de diario, que así se llama, y los ministros, las autoridades, los individuos del cuerpo diplomático, bellísimas damas, y los hombres más distinguidos en la política, en las letras y en las artes, llenan todas las localidades.

Nuestros suscritores pueden formarse una idea bastante exacta del aspecto deslumbrador que ofrece en tales noches el teatro Nacional de la Ópera, examinando detenidamente la gran lámina de las páginas 8 y 9. En ella aparecen copiados, con exactitud notable, los menores detalles, desde una lujosa decoracion del palco escénico, hasta el elegante y severo adorno del teatro.

Esta obra bellísima es, por desgracia, la postrera produccion del claro ingenio y correcto lápiz de su jóven autor don Francisco Hernandez Tomé, el mismo que dibujó la grande y hermosa lámina que representa *La Puerta del Sol de Madrid*, y que repartimos á nuestros suscritores con el suplemento al número 1 de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA del año último.

Sorprendido el señor Hernandez Tomé por una grave enfermedad, cuando apenas habia acabado de levantar el lápiz, digámoslo así, en la lámina que hoy ofrecemos, ha sido arrebatado por la implacable muerte en muy breves dias.

Por eso está lámina, último rasgo del ingenio de nuestro colaborador y amigo, tiene doble mérito á nuestros ojos, y estamos seguros de que le tendrá tambien á los de nuestros apreciables suscritores.

EL TÚNEL DE LOS ALPES.

La gran lámina que regalamos con este número á nuestros apreciables suscritores, es una bellísima y exacta perspectiva de esa obra colosal, casi maravillosa, que sirve de lazo de union entre la Francia y la Italia: el túnel de los Alpes.

Ya hemos hablado extensamente (en los números 27 y 29 de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA) de la grandiosa creacion de los ingenieros MM. Grandis, Grattoni y Sommeiller; pero séanos permitido añadir algunas palabras más en el presente número, bien motivadas por la magnífica lámina mencionada, que servirán de complemento á lo publicado anteriormente.

Desde el reinado de Napoleon I habia establecidas comunicaciones regulares á través del Mont-Cenis, entre las dos vertientes de los Alpes: pero semejante medio de comunicacion no estaba en armonía con la actividad febril de nuestro siglo, y era necesaria una vía férrea que atravesase el corazon de las gigantescas moles de granito que separan la Italia de la Francia.

M. Medail, geómetra distinguido, fué el primero que imaginó la construccion de un túnel, y recorrió las montañas y vertientes de Frejus y de la Roule, trazando líneas y midiendo con escrupulosa exactitud las distancias que existian, desde diferentes puntos, entre Modanne y Bardonnêche.

El túnel de los Alpes era el sueño de M. Medail, la ilusion dorada de su vida; pero aunque el sabio geómetra sometió su proyecto á la aprobacion de Cárlos Alberto, padre del actual rey de Italia, no fué atendido como él acaso muy justamente esperaba.

Algunos años despues, M. Mans, un ingeniero belga, propuso al gobierno piamontés la adquisicion de una máquina para perforar los Alpes, y otra para la ventilacion de las extensas galerías: y en 1852, M. Colladon, de Ginebra, presentó á la Academia de Turin una *Memoria* sobre el empleo del aire comprimido como fuerza motriz, proponiendo además que él se comprometia á separar fácilmente las rocas que estorbasen para la realizacion del colosal proyecto, por medio de una corriente alternada de gas hidrógeno inflamado y agua fria.

En estudio estaban estas cuestiones, cuando los tres ingenieros sardos ya citados presentaron una máquina, inventada por M. Sommeiller, para comprimir el aire; y tan brillante fué el éxito, que se adoptó decididamente el método y el proyecto de aquellos, y se les confió la direccion de los trabajos en virtud de la ley de 15 de Agosto de 1857 y decretos subsiguientes.

En el mes de Noviembre de 1860 trabajaban cinco máquinas perforadoras por la parte de Bardonnêche, y en Abril de 1862 habia diez. En Fourneaux, por el lado de Francia, no comenzaron las obras hasta el 25 de Enero de 1863.

Pero desde esta última época el trabajo de perforacion continuó incesantemente, con más ó ménos actividad y fortuna, segun la resistencia que ofrecian las capas graníticas que se perforaban.

Sin embargo, el trabajo era más ventajoso de año en año, merced al perfeccionamiento de las máquinas, llegándose á perforar en roca calcárea, por el lado de Italia, 3.50 metros cada dia, término medio.

En 22 de Diciembre de 1870, la extensa galería estaba perforada en toda su longitud, pues por la boca de Bardonnêche habian sido abiertos 7.074 metros, y 5.146 metros por la de Modanne; mas el encuentro de los obreros de ambos lados no tuvo lugar hasta el dia 25, hácia las cuatro y media de la tarde.

En el proyecto se habia evaluado en 12.220 metros la longitud total del túnel, y la perforacion dió por resultado una galería de 12.235 metros.

La entrada al subterráneo por la parte de Forneaux ha sido colocada á 100 metros próximamente sobre el nivel del puente del valle del Arco, á fin de reducir en lo posible la diferencia de nivel, ya considerable, que existe entre las dos extremidades del túnel; porque mientras la altura, sobre el nivel del mar, de esta entrada es de 1.158,75 metros, la del punto de salida, por Bardonneche, es de 1.291,30 metros, resultando una diferencia de nivel de 132,55 metros.

El subterráneo está revestido de sólida mampostería, y un acueducto se ha abierto en el centro de la via para la conduccion de las aguas y limpieza del túnel.

La temperatura aumenta á medida que se avanza por el interior; pero no pasa de 29° ½ centígrados, á 6.450 metros de la boca del Sud, bajo la cumbre de la cadena de montañas que forma el Mont-Frejus, cuyo punto culminante, el *Grand-Wallon*, está elevado más de 3.000 metros sobre el nivel del mar.

La obra colosal se ha terminado, y ya los trenes de viajeros cruzan por el seno de la gigantesca montaña.

Hoy sí que puede decirse, no en sentido figurado y usando de pomposa metáfora, sino realmente y para siempre:

—¡Los Alpes han sido suprimidos!

Por lo demás, en nuestra gran lámina observarán los suscritores de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA hasta los detalles más minuciosos: al examinarla atentamente, parécenos que resuena á lo léjos el agudo silbido de la locomotora, y que un tren aparece por la falda pintoresca del Mont-Cenis, que rueda por extensa curva hasta el valle de Fourneaux, que penetra en el Mont-Frejus, que sale por la boca de Bardonnêche, y que sigue rodando á través de montañas y llanuras, sin detenerse un momento en su vertiginosa carrera, hasta llegar á las puertas de la antigua capital del Piamonte.—X.

MADRID.—INSTITUCION DE MANDADEROS PÚBLICOS.

Una compañía inglesa, cuyo jefe es M. Weil, ha organizado en esta corte y sus barrios extremos un nuevo servicio de *Mandaderos públicos*, bajo la vigilancia de la autoridad correspondiente, y cuyo objeto es el de facilitar y aumentar las relaciones comerciales públicas y particulares.

A cualquier hora del dia ó de la noche ofrece al público esta institucion sus múltiples servicios, á un precio bien módico, y garantiza su fiel ejecucion, pronta, segura y reservada, por medio de un sistema de *contraseñas-recibos* talonarios que el público debe exigir á los mandaderos hasta por los más pequeños servicios.

De manera, que al mandadero á quien se ha confiado la ejecucion de cualquier trabajo ó servicio, debe exigírsele un número de *contraseñas-recibos* que le sea suficiente para componer el total de la suma que se le satisfaga por aquel concepto.

Los mandaderos llevan el uniforme siguiente: blusa de tela gris, pantalon azul y gorra de paño azul, con vivos de cordoncillo encarnado, y la inscripcion de *Mandadero público* y el número de órden.

Además, cada uno tiene una chapa de cobre ovalada, con la misma inscripcion y el número correspondiente, y las armas de Madrid en el centro.

Hay entre ellos cierta jerarquía para el mejor cumplimiento de los servicios, y están provistos de todos los pertrechos y útiles necesarios para el objeto, tales como bandolera y cuerdas, parihuelas, carros de mano, etc.; y la tarifa es tan económica, que la empresa reclama únicamente 25 *céntimos de peseta*, ó sea *un real*, por cada carrera de mandadero, sin carro, y *dos reales* con carro ú otro auxiliar equivalente.

El público de Madrid ha visto con agrado la institucion de los *Mandaderos públicos*, y no es dudoso asegurar que él, lo mismo que la empresa, alcanzarán no despreciables beneficios.

El primer grabado de la pág. 12 se refiere, como verán nuestros lectores, á la institucion que acabamos de reseñar.

EL EMBAJADOR CHINO EN PARÍS.

De Thchong-Staon, embajador en Francia del Celeste Imperio, y de su jóven intérprete, Tshing, son los retratos, copia de fotografía, que damos en la página siguiente.

Habiendo desembarcado en Francia cuando las bayonetas alemanas cercaban á París, Thchong-Staon permaneció durante algunos meses en las principales ciudades del Mediodía de aquella nacion, y no solicitó audiencia del jefe del Poder Ejecutivo hasta que la Asamblea Nacional concedió á éste el título de presidente de la república francesa.

El 23 de Noviembre fué recibido, en fin, por monsieur Thiers, y le ofreció ámplias satisfacciones y excusas por los crueles asesinatos cometidos en Tien-Tsin el 21 de Enero de 1870, de cuyos horribles hechos dimos noticias detalladas en un número de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA del citado año.

Los ministros de la Guerra, de Marina, y de Negocios extranjeros, y el cónsul general de Francia en China, residente actualmente en Versalles, asistieron tambien á la audiencia, y tributáronse en este acto los honores militares correspondientes á los ma-

riscales de Francia y al e nviado del imperio de los Tsing.

Tchong-Staon, ántes de ser encargado de la mision que ahora ejerce, era en su patria superintendente de los tres puertos del Norte, ministro de la Guerra *de la derecha* del imperio (porque en China hay dos funcionarios de esta clase), jefe de un cuerpo de ejército ó *banic*, y á quien estaba encomendada la tutela del príncipe imperial.

Tiene cuarenta y seis años, y su rostro acentuado y lleno, de color mate, y frente ancha y elevada, revela un carácter enérgico y un genio emprendedor y activo.

El embajador se ha instalado en la mision de Túnez, y habita en el magnífico palacio morisco que hizo levantar hace dos años el baron de Lesseps en la avenida Montaigne.

Acompáñanle las personas siguientes: Tshing y Têlo, intérpretes para los idiomas francés é inglés; tres oficiales del ejército chino, en clase de ayudantes de campo; un médico, un cocinero, un ayuda de cámara y seis criados.

El *gentleman* inglés, Mr. Brown, que ha habitado diez años en el Celeste Imperio, desempeña el cargo de secretario de la embajada.

Tchong-Staon, embajador extraordinario de China en Europa, y su intérprete Tshing (pág. 15).

Hoy se dice en París que, á consecuencia de ésta, y en virtud de conferencias celebradas entre Tchong-Staon y el ministro de Negocios Extranjeros de Francia, se trata de crear en el imperio chino una legacion francesa permanente.

ADVERTENCIAS.

Al presente número acompaña un Suplemento (gratis para los señores suscritores), que representa la vista en gran escala del Mont-Cenis y Monte Frejus.—Las colosales y atrevidas obras de arte ejecutadas para la apertura del túnel de los Alpes dejarán un recuerdo á la posteridad de lo que la ciencia ha sido, es y será en el siglo XIX, por lo que nos complacemos en consignar en nuestra publicacion un hecho tan importante.

Á LOS NUEVOS SEÑORES SUSCRITORES.

Los tomos que LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA ha publicado en 1870 y 71, se hallan de venta encuadernados á la rústica en su Administracion, Carretas, 12, principal, á los precios siguientes:

El de 1870, por 25 pesetas en Madrid y 28 en provincias.

El de 1871, por 30 pesetas en Madrid y 35 en provincias.

A los señores suscritores en 1872 que tomen los referidos tomos del 70 y 71, se les dará gratis el de 1869, cuyo precio de venta es el de 20 pesetas en Madrid y 24 en provincias.

Advertimos que de los tomos de 1869 y 70 son muy pocos los ejemplares que quedan existentes.

En América y el extranjero fijarán el precio los señores Agentes.

Administracion: Carretas, 12, principal, Madrid.

Los señores suscritores que deseen recibir encuadernado el libro que damos de regalo á los que se suscriben por un año, abonarán por su costo 6 reales en Madrid y 7 en provincias.

Dicha encuadernacion es sobre tela inglesa, con relieves y planchas doradas.

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA, periódico de familias y de especial interés para las señoras y señoritas, cuenta ya treinta y un años de existencia, y pertenece á la misma empresa que LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA; por cuya razon, á los señores suscritores que quieran recibir para sus señoras ó hijas la referida MODA ELEGANTE, se les hará una rebaja de 25 por 100 en el precio de LA ILUSTRACION.

ANUNCIOS.

CLORÓSIS.—ANÉMIA.—COLORES PÁLIDOS.

Supérfluo sería hacer el elogio de las preparaciones ferruginosas para combatir estas enfermedades. Todo el mundo admite hoy como una verdad indiscutible que el hierro es un agente de maravillosa eficacia para combatir las antedichas afecciones.

El hierro es un medicamento de tal manera heróico, que no debe extrañarse que se trata á cada paso de multiplicar las formas bajo las cuales se le prescribe á los enfermos. Gran número de estas preparaciones ofrecen el inconveniente de ennegrecer la dentadura, ó de fatigar el estómago, ó de producir tenaz constipacion.

Las *Píldoras de Vallet*, de carbonato de hierro, no ofrecen ninguno de esos inconvenientes. Gracias á su notable é incontestable eficacia como tónico poderoso en los casos de colores pálidos, pérdidas blancas, etc., han recibido la aprobacion de la Academia imperial de París.

El valor inmenso del V.º B.º de la Academia es mayor todavía cuando se trata de un ferruginoso. Este género de medicamento se presenta bajo tantas formas, que á veces no sabe uno cuál elegir entre tantas preparaciones. M. Bouchardat, profesor de la Escuela de Medicina de París y antiguo presidente de la Academia imperial de Medicina, afirma en su formulario medical que ningun ferruginoso rivaliza con las *Píldoras de Vallet*.

M. Piorry, profesor de la Escuela de Medicina de París, comparando en un curso sobre las enfermedades de la sangre las propiedades de las diversas preparaciones ferruginosas, terminó su exámen de esta manera:

«Pero el medicamento que nos ha prestado mayores servicios y del cual hemos sacado mayor partido, es el que lleva por nombre *Píldoras de Vallet*. Debemos decir en honor de la verdad, que las *Píldoras de Vallet* no han sido nunca infieles en nuestras manos, y por consiguiente no podemos ménos de recomendarlas como uno de los más preciosos medicamentos.»

La comision nombrada por la Academia de Medicina para que experimentara las *Píldoras de Vallet*, comprobando su maravilloso éxito en todos los casos en que fueron administradas, terminó su informe de este modo:

«Los resultados que se obtienen con estas *Píldoras* son más prontos que los de la mayor parte de las otras preparaciones ferruginosas.»

La manera de administrarlas es la siguiente:

Se empieza tomando una ó dos píldoras por dia; se aumenta la dósis hasta ocho ó diez.

Las *Píldoras de Vallet*, como todos los buenos medicamentos, han sido el blanco de los falsificadores é imitadores. Las personas que deseen no ser engañadas deben exigir la firma *Vallet* en la envoltura de cada frasco. Además, como garantía de origen, el nombre de *Vallet* se encuentra grabado en cada píldora que sale del laboratorio del inventor.

En los casos de clorósis, anemia, etc., es siempre muy ventajoso, y á veces indispensable añadir á las preparaciones ferruginosas una preparacion de quina que obre como tónico. En este caso, debe darse la preferencia al *Quinion Laboureque*. Este vino, mucho más activo y eficaz que la mayor parte de los compuestos del mismo género, debe tomarse un cuarto de hora ántes de cada comida, en dósis de una copita.

VELUTINA CHARLES FAY. *La Velutina* es un polvo de arroz especial. Su preparacion al Bismuto le asegura sobre la piel un efecto saludable.—*La Velutina es adherente, impalpable* y absolutamente *invisible*; así es que da al rostro una frescura y un aterciopelado naturales. Precio 5 francos.

Una noticia ilustrada acompañará á cada caja.

La Velutina se encuentra en casa de todos los principales perfumistas, y en casa del inventor

CHARLES FAY, 9, rue de la Paix, en París.

EAU DES FÉES, AGUA DE LAS HADAS. Tintura progresiva para los cabellos y la barba. *Nada hay que temer al emplear esta agua maravillosa*, de la cual se ha hecho propagadora *Mme. Sarah Félix*.—Depósito general: en París, 43, rue Richer.

Depósito en los establecimientos de los principales *Peluqueros* y *Perfumistas de España y América*.

MADRID.—IMPRENTA DE T. FORTANET
CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29.